

LA LUZ DEL ALMA
*El tesoro escondido
de los cuentos*

Ana María Schlüter

LA LUZ DEL ALMA

El tesoro escondido de los cuentos

Ana María Schlüter



Esta luz nunca falta en el alma, pero por las formas y velos (...) no se le infunde; que si quitase estos impedimentos y velos del todo, quedándose en la pura desnudez y pobreza de espíritu, luego el alma, ya sencilla y pura, se transformaría en la sencilla y pura sabiduría, que es el Hijo de Dios.

SAN JUAN DE LA CRUZ,
Subida del monte Carmelo II, 15,4

Maravilla de las maravillas, todos los seres son seres iluminados, pero, debido a una manera engañosa de pensar y al apego a sí mismos, no se dan cuenta.

SHAKYAMUNI BUDA,
en el momento del despertar según el sutra *Kegon*

PRÓLOGO

Han pasado más de seis años desde que se editó *El camino del despertar en los cuentos* (Madrid, PPC, 1997). Desde entonces he seguido contando cuentos en los retiros Zen, sacando a la luz la riqueza de estos mitos populares o sueños de la humanidad que son los cuentos, en este caso recogidos por los hermanos Grimm. Quienes los escuchan se sienten extrañamente tocados en el corazón y encuentran ayuda para caminar por la vida con hondura humana.

En la Nochebuena de 1812, los hermanos Grimm presentaron la primera colección de cuentos, recogidos por pueblos y aldeas, como regalo de Navidad para el pequeño de la casa, pero en realidad resultó ser un regalo para mucha más gente, niños y mayores. En esa edición invitaban a los lectores a que les contaran todos los cuentos que conocieran. Debido a ello, al cabo de dos años ya pudieron editar un segundo tomo. Reunir los cuentos del primero les había costado un arduo trabajo de seis años.

La aparición de este tesoro del alma humana ocurrió en un tiempo en que la razón se había ido estableciendo como medida última de todas las cosas, inclusive de la visión del mundo. Desde comienzos de la Edad Moderna en Occidente, el alma, con sus manifestaciones míticas, simbólicas y místicas, fue marginada y relegada al olvido por una conciencia racional autosuficiente. La cultura occidental se fue centrando sobre todo en lo racional, lo científico, en la técnica y conquista del mundo exterior. En este contexto, el cuento era despreciado por los eruditos. Se consideraba un juguete de niños y de pobres de espíritu, de gente inculta.

Pero en medio de este clima también surgían otras voces, por ejemplo la de los místicos, aunque se fueron convirtiendo en una corriente marginal y sospechosa. Así, por ejemplo, en el siglo XIV, el autor anónimo de *La nube del no saber* (Madrid, Ed. San

Pablo, ⁵1988) escribía: «Es una gran pena... que en nuestros días no solo unos pocos, sino casi todos, están tan ciegos por una loca contienda sobre la más reciente teología o los descubrimientos de las ciencias naturales, que no pueden entender la verdadera naturaleza de esta simple práctica [de la contemplación]».

En el siglo XVII, Blaise Pascal, filósofo y matemático francés que había vivido una profunda experiencia mística, afirmaba: «El corazón tiene sus razones que la razón no puede entender» (*Pensamientos*, 277); «La tarea más sublime de la razón es reconocer sus propios límites; hay una infinidad de cosas que la sobrepasan. Es muy débil si no llega a reconocer esto» (*Pensamientos*, 272).

Ya entrado el siglo XX, Carl Gustav Jung escribe: «En una ceguera verdaderamente trágica, hay teólogos que no se dan cuenta de que no es cuestión de demostrar la existencia de la Luz, sino de que hay ciegos que no saben que sus ojos podrían ver. Es necesario caer en la cuenta de que para nada sirve alabar y predicar la Luz si nadie la puede ver. Sería necesario desarrollar en el hombre el arte de ver» (*Psicología y alquimia*. Barcelona, Plaza y Janés, 1977, “Introducción”).

En medio de un mundo que, cada vez más, se obstina en creer solamente aquello que se puede ver, medir, tocar y demostrar racionalmente, las dimensiones más profundas de la vida parecen diluirse o quedar reducidas a su expresión teórica. No es extraño que, como reacción, en el siglo XX empezara a estallar una «rebelión del alma» (Karlfried Graf Dürckheim), pues la represión continuada y sistemática de la dimensión más profunda del ser humano es, a la larga, todavía más perniciosa que otras represiones: el ser humano pierde el sentido de su vida. Así no puede vivir. Y acaba rebelándose.

Señal de ello es, entre otras, la gran cantidad de publicaciones sobre temas misteriosos. La acogida de estos libros denota búsqueda, una búsqueda que merece ser tomada muy en serio y encontrar buena orientación. Se cuenta que, en el siglo V, algo antes del Bodhidharma, llegó a China Gunabhadra, lo mismo que aquel un monje de la India. Al arribar a Guangzhou y ver la situación, sintió gran lástima de la gente. «Por carecer de métodos para cultivar el Camino, algunos caen en las enseñanzas de... las noventa y cinco clases de caminos externos... ¡Qué triste! ¡Cuánta desgracia! Se entrampan ellos y entrampan a otros» (*La aurora del Zen. Textos Zen primitivos procedentes de Tun Huang*. Málaga, Sirio, 1988, p. 29). Actualmente, muchos se pierden en Occidente por las ramas de lo parapsicológico u otras similares y tampoco dan con lo que en el fondo anhelan.

También hay bastantes que redescubren la mística cristiana, no pocas veces a través del contacto con el yoga o el Zen, caminos en los que se ha desarrollado desde antiguo el “arte de ver la naturaleza esencial”.

Dentro de este contexto también surge el renovado interés y la valoración del cuento popular. Este transmite una sabiduría profundamente humana y una gran bondad en medio de un mundo hostil donde existe la maldad (que el cuento no ignora). Al niño le llega sin más. El adulto necesita muchas veces una ayuda para comprender el lenguaje simbólico en el que el cuento se expresa. Cuando las imágenes arquetípicas tocan el alma, la despiertan, orientan e iluminan.

No solo el mundo científico occidental ha creado y crea ceguera para percibir la realidad. Existe una “ceguera común”, en expresión del Zen, que consiste en no ver más allá de lo que perciben los sentidos —ojo, oído, olfato, gusto y tacto— y la facultad de formar imágenes y conceptos. Se convierte en “ceguera maligna” cuando está siendo apuntalada por ciertas concepciones del mundo, como, por ejemplo, el racionalismo o el materialismo, tanto si es de tipo filosófico como si es de tipo práctico, muy extendido este en la sociedad de consumo.

Cuando alguien se da cuenta de que está ciego y se pone en camino para llegar a ver, se habla de la “ceguera del discípulo”. Quien sabe que no ve tiene cura. Quien cree ver no tiene remedio, como les decía Jesús a los fariseos de su tiempo.

Después de que alguien se percata de la Realidad «que no cae en sentido» (san Juan de la Cruz), que para los sentidos es “vacío” (Zen), cual agua muy pura en la que no se distingue nada, todavía puede aparecer otro tipo de ceguera, la “ceguera de la iluminación”. En tal estado, el ser humano no ve, es decir, no toma en serio ni aprecia la diversidad de las realidades tangibles y comprensibles. Vive como en una nebulosa, según expresión del maestro Zen chino Unmon (siglos IX-X). Vive en un mundo irreal en el que todo es lo mismo, donde no existen diferencias, ni bien ni mal. Esto, lejos de ser señal de madurez, significa “estar verde”, es una situación de paso.

La madurez o “ceguera auténtica” se da cuenta de que el verdadero vacío es la maravilla de lo existente, *shin-ku myo-u*. Sin salir de la igualdad, aprecia la diversidad, el mundo de las diferencias. Las realidades visibles y comprensibles ahora aparecen en su maravillosa unicidad. Puede parecer extraño que esto se llame ceguera. Es debido a que, en este estado, el ser humano ve, pero no sabe que ve, no repara en el hecho de ver, se ha vuelto completamente natural y de una sola pieza, como un niño que juega y no repara reflejamente en ello. Intervienen todos sus sentidos de un modo natural. Simplemente juega.

Hay quienes opinan que los cuentos de todo el mundo tienen una cuna común en la India, debido a los grandes parecidos que en muchas ocasiones se aprecian. Me inclino a pensar que el parecido no se debe tanto a contactos externos cuanto a las imágenes arquetípicas arraigadas en el corazón de todo ser humano de mentalidad mítica, la cual aparece cuando este ha dejado de ser cazador y recolector para asentarse en pueblos y

ciudades.

No se trata de decir que todo es lo mismo. Esto llevaría a ignorar las riquezas de los demás y a desperdiciar la propia. Sería una actitud que tiene algo de la “ceguera de iluminación”, aunque no haya habido iluminación de por medio. Se vive en una nebulosa.

La gran riqueza en la diversidad de culturas y tradiciones religiosas, en cuyo núcleo siempre obra el Espíritu, es un bien que hoy día se puede apreciar mucho más que en otros tiempos debido a la comunicación mundial. Disfrutar de la diversidad, en bien de la paz mundial, es el lema del cuarto «Parlamento de las Religiones del Mundo», celebrado en Barcelona del 7 al 13 de julio de 2004 en el marco del «Fórum de las Culturas».

La maravilla es precisamente la riqueza que aporta cada una de las diferentes perspectivas de la Realidad última, que dan lugar a los respectivos lenguajes religiosos. La perspectiva budista gira en torno a un centro que es el “vacío”, el misterio incaptable, innombrable, y el caer en la cuenta de él. De allí surge la compasión. Siddharta Gotama, el Buda, palabra sánscrita que significa el “Despierto”, personifica esta perspectiva de un modo especial.

La gran riqueza que aporta la perspectiva cristiana consiste en que acentúa sobre todo la *relación* amorosa con el misterio, con Dios y con el prójimo. Jesús es el Cristo, palabra griega que significa el “Ungido” por el Espíritu de amor. En él ha aparecido el amor de Dios a los humanos de un modo único.

En el cuento «Princesa Luz de luna» se aprecia muy bien el tesoro de la tradición budista.

Un matrimonio anciano vivía a la orilla de un bosque. No tenía hijos y vivía pobremente con lo más necesario. Todas las ilusiones de la juventud habían desaparecido. El anciano iba todos los días al bosque de bambú para cortar ramas y troncos, de los cuales su mujer hacía cestos y todo tipo de utensilios que vendía en el cercano pueblo. Era una vida monótona, sin aliciente especial, en la cual iban haciendo simple y humildemente lo que había que hacer.

Un día, cuando el hombre estaba en el bosque, de pronto vio un árbol que era más grueso que otros y parecía irradiar una luz. Se acercó, lo cortó y en el tronco apareció una preciosa niña pequeña. Lleno de alegría, la llevó a casa. Su mujer y él la acogieron muy contentos y la llamaron princesa Luz de luna. La cuidaron y educaron todo lo mejor que pudieron. La niña se fue haciendo mayor y la fama de su belleza se extendió por todo el país. Venían pretendientes de todas partes, pero ella no accedía a ninguno. El anciano, que quería encontrarle un buen marido, estaba muy preocupado. Cuando llegó el hijo del mismo emperador a pedir su mano y ella también se negó a casarse con él, el

anciano urdió una trama para doblegarla a sus planes, pero en el último momento desistió de ponerla en práctica.

Entonces la princesa Luz de luna dijo que en realidad no era de la tierra, sino del cielo, y que una vez dicho esto se tenía que marchar. Se despidió de los buenos ancianos que la habían cuidado y que sintieron una gran tristeza al verla partir. Pero desde entonces la princesa Luz de luna alegra a la humanidad entera brillando en el cielo nocturno.

En medio de la vida cotidiana, pobre y humilde, desprendida y oscura –a orillas de un bosque–, vivida con fidelidad, se produce de repente lo impensable, la irrupción de una nueva dimensión, el despertar o *iluminación*. A partir de entonces, la tarea más importante es «cuidar al recién nacido», como a veces se dice en el Zen, el camino de la iluminación en el budismo. Esta luz ha de ir transformando a la persona entera e iluminándola por completo. Es un proceso largo que exige dedicación, entrega y constancia. Pero ha de llegar el momento en que se olvida la iluminación y se olvida que se ha olvidado. El desprendimiento llega a ser radical, la persona se vuelve completamente libre y natural. De esta manera se convierte en un tesoro de compasión para todos los demás. De la iluminación madura brota de modo natural la verdadera compasión, que, por otra parte, se ha ido practicando de una manera menos espontánea y, en cierta medida, con vetas de buscarse a sí misma, durante toda la vida.

En los cuentos se revela la “luz del alma”. Aparece muchas veces como princesa, tanto en Oriente como en Occidente. «Princesa Luz de luna», cuento del lejano país del Sol Naciente, procede del mundo budista, pero toca fibras muy profundas de toda alma humana. Llevamos “la semilla del otro” en nosotros, gracias a lo cual lo podemos apreciar, dejarnos enriquecer y transformar por él y abrirnos más profundamente al Espíritu.

También en los cuentos recogidos y editados por los hermanos Grimm aparece con mucha frecuencia una princesa o una niña buena que se convierte en princesa. Estos cuentos tienen su *Sitz im Leben* –su contexto o situación vital– en el mundo occidental, marcado por el espíritu cristiano. En todos ellos juega un papel importante la relación. En muchos de ellos el camino se establece a través de la forma del descubrimiento o de la restauración de una relación, abocando, por ejemplo, en boda entre un príncipe y una princesa («El fiel Juan», «Zarzarrosa», «Los seis cisnes», «La blanca paloma»), en llegar a ser rey por medio de la boda con una princesa («El tamborilero» o el leñador en «El demonio de los tres pelos de oro») o reina por medio de la boda con un rey (así la hija del molinero en «La niña sin manos») o en el reencuentro de unos hijos con su padre («Mesa, ponte...»).

Dicho en el lenguaje de Raimon Panikkar, se puede afirmar que en el cuento budista y

en los cuentos de los hermanos Grimm aparecen «equivalentes homeomórficos», es decir, imágenes diferentes, parecidas o incluso iguales, que cumplen la misma función en diferentes contextos culturales o religiosos. No se pueden igualar ignorando el mundo del que proceden, pero a la vez unas y otras tienen que ver con la persona y su camino para llegar a ser lo que en el fondo ya es desde siempre. Esto da pie a que en el comentario de los cuentos recogidos en este libro se recurra no solo a textos cristianos, sino también a textos budistas Zen.

Desde el primer momento, los hermanos Grimm se propusieron editar los cuentos con ilustraciones, cosa que no pudieron lograr enseguida, aunque sí en posteriores publicaciones. En el presente libro, los doce cuentos que lo componen vienen ilustrados gracias a Julio Pérez Cornejo y José Luis García Morán. A ellos mi especial agradecimiento, así como a quienes los escuchan con tanto interés en los cursos, invitando a que se editen.



EL TAMBORILERO

RECUPERAR LA MEMORIA DE LO MÁS
IMPORTANTE



Érase una vez un joven tamborilero que una tarde salió solo a pasear. Estando en medio del campo, se acercó a un lago. Allí vio de pronto tres piezas de lino blanquísimas.

—¡Qué bonitas son! —dijo.

Tomó una y se la guardó en el bolsillo. Volvió a casa sin acordarse más y se durmió. Al poco tiempo de dormirse, oyó una voz muy suave que decía:

—Tamborilero, tamborilero, despierta.

Él no veía a nadie, estaba todo oscuro, pero le parecía que algo se movía cerca de su cama.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Devuélveme la camiseta que me quitaste en el lago.

—La tendrás enseguida —le contestó el tamborilero— si me dices quién eres. La voz dijo:

—¡Ay! Yo soy la hija de un gran rey. He caído en poder de una bruja y estoy desterrada en la montaña de cristal. Todos los días tengo que bañarme en el lago con mis hermanas, pero sin camiseta no puedo volar; ellas ya se han ido; yo me he quedado atrás. Por favor, devuélvemela.

—Tranquila, tranquila —dijo el tamborilero—, con mucho gusto te la devuelvo ahora mismo.

Y la sacó del bolsillo para entregársela. Ella la cogió rápidamente.

—Espera, espera —dijo el tamborilero—, a lo mejor puedo ayudarte.

—Eso es casi imposible, porque solo se puede conseguir subiendo a una lejana montaña de cristal, y, aunque llegases allí, no lograrías subir.

—Lo que yo me propongo —dijo el tamborilero—, lo consigo. Siento compasión por ti y no tengo miedo. Dime, ¿cuál es el camino que lleva allí?

—Hay que pasar por un bosque donde viven gigantes que se comen a los humanos, y no puedo decirte más —contestó la princesa.

Y desapareció.

El principio de este cuento refleja la situación de alguien que, en un momento dado de su vida, en un momento de soledad, de silencio, de tranquilidad, descubre un “no sé qué”, como una pieza de lino blanco, sin forma ni color, y, sin embargo, de gran belleza y valor. Le gusta, se lo lleva consigo, pero luego lo olvida. Pasan los años y no se acuerda más de que lleva eso consigo. Lo tiene completamente olvidado, hasta que llega un momento, en la soledad de la noche, o sea, en circunstancias de oscuridad, en que oye una voz: «¡Tamborilero, tamborilero!». Algo desde dentro le llama. Sin ver nada todavía,

solamente sintiendo una voz que le llama, él responde. Ese algo es una princesa, que él no ve, pero que lleva en sí la promesa de que él puede llegar a ser rey, o sea, libre y noble. Pregunta por el camino que lleva allí y se le dice que es muy difícil. Es prácticamente imposible llegar a ser eso que en promesa, en potencia, ya se es. El camino pasa por un lugar muy peligroso y conduce a una montaña que es prácticamente imposible escalar.

Pero el tamborilero tiene dos cosas que le ayudan a emprender la tarea: siente compasión y es decidido, y, aunque supone afrontar peligros, él sigue adelante.

Nada más despuntar el día, se pone en camino con su tambor. Sin miedo, entra en el bosque, pero no ve gigantes por ninguna parte. Entonces piensa: “Los voy a llamar.” Empieza a tocar el tambor y, de pronto, allí mismo, en medio de la hierba, se mueve algo y se pone en pie. Es más alto que un pino.

—¡Qué haces por aquí, gusano! —le dice el gigante—, ¡despertarme a mí de mi mejor sueño!

Contesta el tamborilero:

—Vienen detrás de mí miles de soldados y les estoy indicando el camino. Van a limpiar este bosque de monstruos como tú.

—¡Oh! —dice el gigante—, ¡los piso como hormigas!

—Pero se te van a escapar, se van a esconder y, cuando duermas, vendrán cada uno con un martillo y te golpearán la cabeza y te destruirán.

“La cosa empieza a ponerse fea”, piensa el gigante, y le dice al tamborilero:

—¡Bueno, bueno, pequeñajo! Te prometo que no os voy a molestar más a los humanos, y, si tienes un deseo, por favor, pídemelo.

—Quiero ir a la montaña de cristal: tú que tienes las piernas muy largas me puedes llevar en un momento.

Entonces el gigante lo tomó y lo puso encima de sus hombros. Mientras tanto, el tamborilero iba tocando el tambor. El gigante pensó: “Esto es que está avisando a los soldados para que se vayan”, y siguió adelante hasta que se encontraron con otro gigante.

El primero pasó el tamborilero al segundo, y este se lo metió en el ojal. Allí se agarró al botón, hasta que llegaron a un tercer gigante. Este lo colocó en el ala de su sombrero. Allí iba paseando y mirando el panorama, porque sobresalía por encima de todos los árboles.

Muy a lo lejos empezó a ver una montaña. El gigante dio unos cuantos pasos más y se encontraron al pie de la montaña de cristal, que parecía tres montañas superpuestas.

—Y ahora, ¡súbeme! —dijo el tamborilero.

Pero el gigante empezó a murmurar cosas raras, tomó al tamborilero, lo dejó en el

suelo y se fue. El tamborilero intenta subir, pero resbala. Lo intenta una y otra vez, pero es imposible.

—¡Ojalá fuera un pájaro! —dice.

De pronto oye unas voces y ve hombres que se pelean por una silla de montar vieja y desgastada.

—¿Qué estáis haciendo vosotros, peleándoos por semejante cosa?

—¡Ah!, pero es una silla de montar muy especial: te montas, deseas Un sito adonde ir y en un momento estás allí. Ahora me toca montar a mí, y no me la quiere dejar.

—Bueno —dice el tamborilero—, eso lo arreglo yo enseguida.

Se aleja unos cuantos pasos, pone una estaca en el suelo y dice:

—¡Venga!, el que llegue antes de los dos es el que se montará primero.

Mientras los dos van corriendo, él se sienta en la silla de montar y expresa el deseo de subir a la montaña.

En un abrir y cerrar de ojos aterriza en la cima de la montaña. Es un lugar muy raro, con mucho silencio; no se ven seres humanos, ni animales, ni nada; solo hay una casa de piedra, un gran lago oscuro donde no se mueve nada y un bosque muy grande y espeso. El viento sopla en la copa de los árboles y las nubes casi le rozan. El tamborilero se acerca a la casa de piedra y llama tres veces a la puerta. De pronto se abre la puerta y aparece una vieja con gafas, una nariz larguísima y una mirada muy penetrante:

—¿Qué quieres? —pregunta.

—Quiero hospedaje, cama y comida.

—Muy bien, eso lo puedes tener, pero tendrás que hacer tres trabajos en pago por ello.

—De acuerdo —dice el tamborilero—, estoy dispuesto a hacerlo.

Come, duerme y a la mañana siguiente aparece la vieja con un dedal y dice:

—Con este dedal, tu primera tarea hoy va a ser vaciar el lago, sacar toda el agua del lago y colocar los peces ordenadamente: los grandes con los grandes, los medianos con los medianos y los pequeños con los pequeños. Al final del día tiene que estar todo hecho.

El tamborilero empieza, pero vaciar un lago con un dedal es imposible. Llega el mediodía y está igual que antes. El tamborilero está desanimado y triste. Al mediodía llega una joven con el cesto de la comida y le dice:

—Te veo muy triste, ¿qué te pasa?

—Yo vine en busca de una princesa, pero aquí no hay ninguna princesa, no la encuentro, yo me voy. Tengo que vaciar el lago con un dedal y no puedo.

Entonces la joven le dice:

—Reposa tu cabeza en mi regazo y duérmete. Cuando despiertes, estará todo hecho.

Y, sin dejar que lo repita dos veces, echa la cabeza en su regazo y se duerme. Cuando

está dormido, la joven hace girar un anillo mágico y dice:

—¡Arriba el agua! ¡Fuera los peces!

El agua toda se va evaporando y los peces saltan a la orilla y se van colocando ellos mismos ordenadamente: los grandes con los grandes, los medianos con los medianos, los pequeños con los pequeños, y cuando el tamborilero se despierta, está todo hecho. No se lo puede creer, solamente anda por allí un pez perdido. Le dice la joven:

—Mira ese pez, cuando venga la vieja preguntará: “¿Y ese pez?” Entonces tú lo agarras, se lo tiras a la cara y le dices: “¡Para ti, bruja!”

Al cabo de un tiempo viene la bruja y dice:

—¡Muy bien! ¿Ves como no ha sido difícil? Mañana habrá otro trabajo mejor. Pero, ¿qué pasa con ese pez, ahí en el suelo?

Entonces él lo agarra y, tirándoselo, dice:

—¡Para ti, bruja!

Ella hace como si no sintiera nada, y se va.

A la mañana siguiente aparece la bruja con un hacha y le dice:

—Hoy toca talar todos los árboles del bosque y dejarlos bien colocados, cortados en trozos, y a la noche tiene que estar todo hecho.

El tamborilero se pone a cortar árboles con el hacha y al mediodía, cuando apenas había cortado unos pocos, llega la joven y le dice:

—No te preocupes, ponte a dormir en mi regazo y cuando despiertes estará todo hecho.

Mientras él duerme, de pronto cae todo el bosque con un enorme crujido, y los mismos maderos se van partiendo en trozos, apilándose. Cuando despierta no hay bosque, y todos los trozos de madera están apilados ordenadamente. Pero hay un trozo que no está en su sitio, y la joven le dice que cuando venga la vieja le diga: “¡Ese es para ti, bruja!”

Llega la vieja y dice:

—¡Bien hecho! Pero esa rama ¿qué pinta ahí?

Entonces él la toma, se la tira a la cara y le dice:

—¡Para ti, bruja.

Ella, sin inmutarse, se va.

A la tercera mañana, la vieja le dice:

—Hoy toca quemar toda la leña.

El tamborilero empieza, pero quemar todo el bosque, toda la leña talada el día anterior, ¡imposible! Al mediodía llega la joven con la cesta de la comida y le dice:

—No te preocupes, ponte a dormir en mi regazo y verás que cuando despiertes estará todo hecho.

Efectivamente, nada más dormirse empieza a arder todo con llamaradas inmensas que llegan hasta el cielo, y cuando despierta está ya casi todo quemado. Solo arde un último

montón.

—Cuando venga la bruja, haz todo lo que te diga sin miedo —le dice la joven.

Al poco llega la bruja y dice:

—Tengo un frío terrible, pero aquí se está bien, aquí se puede uno calentar. Pero, ¿y ese madero allí que no se quema en medio del fuego? ¡Sácamelo!

Entonces él, sin miedo, salta a la hoguera y no se le queman ni los pelos, saca el madero y lo deja en tierra. Cuando el madero está en el suelo, resulta que es la princesa. La alegría entonces es enorme. Pero la bruja trata de llevársela. Él se le adelanta, agarra a la bruja y la echa al fuego, donde desaparece.

La princesa mira al joven tamborilero, ve que es apuesto y, consciente de que había arriesgado su vida para salvarla, le tiende la mano y le dice:

—Has hecho todo esto por mí y, si me prometes fidelidad, serás mi esposo.

Juntos entran en la casa de la bruja y allí encuentran baúles y armarios llenos de tesoros. Ellos dejan el oro y la plata, solo se llevan piedras preciosas.

—Vamos a sentarnos ahora en la silla de montar y nos vamos a la puerta de la ciudad donde viven mis padres.

—No hace falta —dice la princesa—, tengo un anillo mágico con el que he vaciado el lago, he talado el bosque y he quemado la leña.

Entonces hace girar el anillo y, en un momento, están allí, a la puerta de la ciudad.

El ser humano, en un momento dado, se había vuelto a acordar de algo profundo que había vivido tiempo atrás. Le había venido a la memoria en un momento de apuro y de necesidad. Decidió meterse en lo hondo, por ejemplo por el camino del Zen, con actitud de compasión y con firme determinación. Así entra en lo profundo del bosque, y allí, en el bosque, de alguna manera siempre aparecen los gigantes. El bosque es oscuridad, angustia, peligro, aparecen las propias sombras, vivencias que quedan en el inconsciente y que quitan libertad. Esas sombras tienen aquí forma de gigantes, porque a veces tienen una fuerza tremenda. No se trata de destruirlas, sino de transformarlas. Los mismos gigantes son indispensables en ese camino: una vez transformados se convierten de fuerzas destructivas del hombre en algo que le ayuda en el camino.

Y allí siempre entra en juego algo que en los cuentos aparece a menudo en forma de astucia, pero que, en el fondo, significa una fuerza diferente, no la fuerza bruta del poderoso, del gigante, sino otro tipo de fuerza, la fuerza del débil, la fuerza de la “no fuerza”, que posibilita andar por ese camino tan difícil. No es la fuerza de la voluntad, del razonamiento; es diferente, es otra fuerza que surge cuando descansan las potencias del alma —los gigantes—, el entendimiento, la voluntad y la memoria. No se consigue con esas potencias, pero tampoco destruyéndolas. Con esa otra fuerza es con lo que se va

haciendo camino.

En este camino siempre se llega en algún momento a una casa extraña –la propia *psique*– en un sitio deshabitado –en la soledad–. Muchas veces está habitada por seres embrujados, y allí hay tareas muy difíciles que hay que realizar. Se produce un proceso de limpieza, de purificación: aclarar el inconsciente –el lago–, talar y quemar todo el bosque –las teorías, las ideologías– e ir más allá. Sin el anillo mágico de la princesa, que es el alma, nuestra naturaleza propia, no se podría. La fuerza viene de lo más profundo, y aparece justamente cuando se han agotado todos los recursos. Siempre se prueba primero, pero «cuando has tirado todas las flechas, ¡tírate a ti mismo!».

Entonces, de repente, en algún momento se produce esa promesa de boda, de unificación. De momento es una promesa, que se tiene que poner a prueba en la vida cotidiana.

El tamborilero promete fidelidad a la princesa, pero la princesa le advierte:

–Cuando vayas a casa de tus padres, en la ciudad, para despedirte de ellos, no les des un beso en la mejilla derecha, porque te olvidarás de mí.

–¿Cómo me voy a olvidar de ti? ¡Imposible! –dice el tamborilero.

Y le promete de todas formas que no besará a sus padres en la mejilla derecha.

Cargados con los tesoros de piedras preciosas –del alma o naturaleza propia–, no oro ni plata –riquezas materiales–, de la casa de la bruja, llegan en un abrir y cerrar de ojos a la puerta de la ciudad. Ella se queda fuera de la ciudad, en el campo, y él entra para despedirse de sus padres y decirles lo que ha ocurrido. Cuando se ven, la alegría es grandísima, aunque al principio sus padres no le reconocen, porque han pasado tres años. La alegría es tan grande que, sin darse cuenta, da un beso en cada mejilla, y automáticamente se olvida de la princesa. Saca las piedras que lleva, y el padre construye con ellas un palacio, compra bosques y campos, y la madre le busca una novia para que se case y viva en ese palacio. Cuando está todo a punto, se prepara la boda. Pero, mientras tanto, la princesa está esperando mucho, mucho tiempo, allí sola en el campo, olvidada de nuevo. Por fin, se retira a una casita solitaria en medio del bosque.

A pesar de la promesa, este ser humano vuelve a olvidarse de lo esencial en el ajetreo de la vida cotidiana: los padres, la casa, la novia, los tesoros. El *joriki* del *za-zen* le ha ayudado a que los negocios vayan mejor. Se mete en más actividades, algunas benéficas. Pero se olvida de sí mismo otra vez, y la princesa está, olvidada de nuevo, en el bosque.

Cuando ya está cerca la boda, la princesa se entera, y en el primer día de fiesta, después de haber hecho girar su anillo y haberse deseado un vestido tan bello como el

sol, aparece en la sala. Todo el mundo se queda mirándola, y la novia se acerca a ella y le ruega:

–Por favor, déjame ese vestido.

Ella le dice:

–Te lo dejo con tal de que me dejes pasar una noche ante la puerta del novio.

La novia, encantada con el vestido, accede, pero, por si acaso, da una bebida al novio para que se duerma. Cuando llega la noche, la princesa se acurruca delante de la puerta del novio y dice:

–Tamborilero, tamborilero, ¡escúchame! ¿Me has olvidado completamente? ¿No estuviste sentado junto a mí en la montaña de cristal? ¿No salvé tu vida de la bruja? ¿No me prometiste fidelidad? Tamborilero, tamborilero, ¡escúchame!

Pero el tamborilero estaba totalmente dormido y no se enteraba de nada. La tarde siguiente, la princesa gira su anillo y se desea un vestido tan bello como la luna. Cuando aparece, todo el mundo queda deslumbrado. ¡Qué belleza! La novia, al verlo, le pide:

–Por favor, ¡déjame este vestido!

–Te lo doy –dice la princesa– si me dejas pasar otra noche en la puerta del novio.

Por la noche está otra vez a la puerta del novio, abre un resquicio la puerta y dice:

–Tamborilero, tamborilero, ¡escúchame! ¿Me has olvidado completamente? ¿No estuviste sentado junto a mí en la montaña de cristal? ¿No salvé tu vida de la bruja? ¿No me prometiste fidelidad? Tamborilero, tamborilero, ¡escúchame!

Pero el tamborilero se había tomado aquella bebida y seguía sin oír nada. Sin embargo, alguien había oído esa voz triste y quejumbrosa, y se lo contó.

A la noche siguiente, el último día de fiesta antes de la boda, la princesa se deseó un vestido bello como las estrellas, dejando deslumbrada a toda la sala. La novia se le acercó otra vez, rogándole que, por favor, le dejara ese vestido. Ella aceptó a cambio de que le dejara pasar otra noche en la puerta del novio. Esa noche el novio no se tomó la bebida y oyó cómo alguien le llamaba:

–Tamborilero, tamborilero, ¡escúchame! ¿Me has olvidado completamente? ¿No estuviste sentado junto a mí en la montaña de cristal? ¿No salvé tu vida de la bruja? ¿No me prometiste fidelidad? Tamborilero, tamborilero, ¡escúchame!

Entonces, de repente, recobró su memoria, se levantó y, tomando a la princesa de la mano, la presentó a sus padres y les dijo:

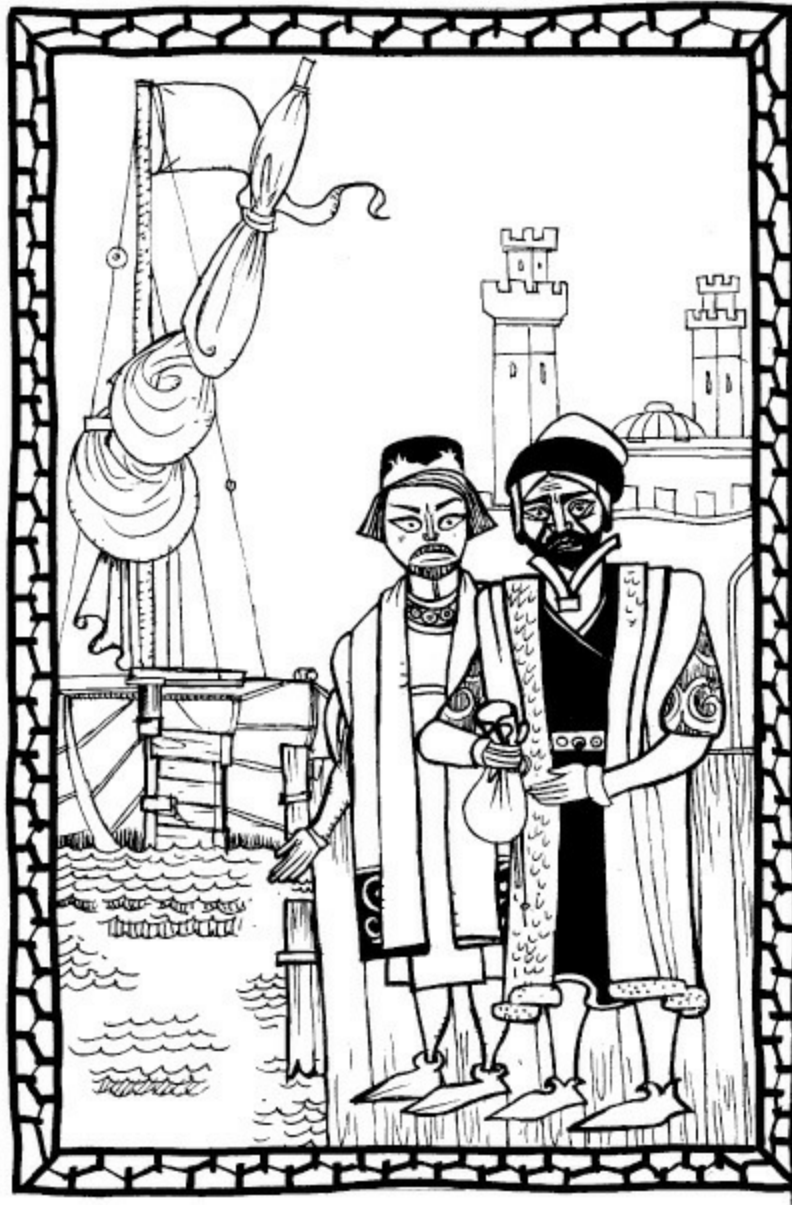
–Esta es mi verdadera esposa, y si no me caso con ella, estoy cometiendo una gran injusticia. Al día siguiente se celebró la boda con la princesa. La otra novia se conformó con los vestidos.

Es una falsa novia. Es una persona que está contenta con sus filosofías, con los

vestidos de las cosas, pero lo importante es casarse con la princesa, que es nuestra naturaleza profunda. Ha estado ahí siempre, desde el principio, y cuando estuvo en situaciones imposibles, aunque él no se diera cuenta porque estaba dormido, le estuvo manteniendo y ayudando a pasar pruebas imposibles. Le atraía y quiso comprometerse en serio, pero siempre se le olvidaba otra vez, como aquella semilla sembrada entre zarzas y que se llevaban los pájaros. Sin embargo, por fin recobra la memoria; por fin se da cuenta de quién es y se convierte en rey al casarse con la princesa. Recupera su nobleza original y es libre.

EL FIEL JUAN

RESPONDER AL ANHELO DE VIVIR PASANDO POR
LA MUERTE



Érase una vez un anciano rey que estaba enfermo y pensaba: “Seguramente este es mi lecho de muerte”. De modo que hizo llamar al fiel Juan, su sirviente más querido, que toda la vida le había sido fiel. Cuando llegó, le dijo:

–Juan, siempre me has sido muy fiel, siento que se acerca mi fin, y mi gran preocupación es mi hijo. Todavía es joven y muchas veces necesita ser aconsejado. Si no me prometes que le vas a instruir en todo aquello que debe saber y que vas a cuidar de él como un padre, no podré cerrar mis ojos en paz.

El fiel Juan le contestó entonces:

–No le abandonaré y le serviré fielmente, aunque me cueste la vida.

–Así podré morir en paz –dijo el anciano rey, y añadió:

–Después de mi muerte has de enseñarle todo el palacio, todas las estancias, salas y bóvedas, así como todos los tesoros que hay en él, pero no le debes enseñar la última habitación al final del largo pasillo, donde se guarda el retrato de la princesa del Techo de oro. Si llega a ver el retrato, sentirá un amor arrebatador, caerá desmayado y, a causa de ella, se verá expuesto a grandes peligros. Has de protegerle para que esto no ocurra.

Cuando el fiel Juan se lo prometió de nuevo, el rey sintió gran alivio y paz, reclinó su cabeza y murió.

Así comienza otro de los maravillosos cuentos populares escuchados por los hermanos Grimm de labios de ancianas, que a través de ellos transmitían de generación en generación una gran sabiduría popular. Como ocurre casi siempre, el cuento habla al principio de lo que el ser humano es en el fondo: de estirpe real, muy noble y libre. Pero a la vez da a entender que aún tiene que llegar a ser lo que en el fondo ya es desde siempre, y que el camino no es fácil, pues lo acechan graves peligros. Sin embargo, el ser humano tiene a su lado a un “fiel Juan”, un consejero y maestro interior fiel hasta la muerte que no le abandonará nunca.

Ahí empieza la verdadera trama del cuento, el accidentado camino en respuesta a un anhelo profundo, amoroso, de llegar a ser lo que ya se es.

Cuando el anciano rey fue enterrado, el fiel Juan contó al joven rey lo que había prometido a su padre en el lecho de muerte, y añadió:

–Voy a mantener mi palabra. Te seré fiel como lo fui con él, aunque me cueste la vida.

Cuando pasaron los días del duelo, el fiel Juan le dijo al príncipe:

—Es hora de que conozcas tu herencia, te voy a enseñar el palacio de tu padre.

Lo llevó por todas partes, arriba y abajo. Le enseñó todos los tesoros y estancias preciosas, excepto aquella en que se encontraba el peligroso retrato. Este estaba colocado de tal manera que, nada más abrir la puerta, la mirada se dirigía a él. Además estaba hecho de una manera tan maravillosa que daba la impresión de estar vivo y de que no había cosa más hermosa en el mundo. El joven rey se daba perfecta cuenta de que el fiel Juan siempre pasaba de largo ante una puerta y preguntó:

—¿Por qué no me abres esta puerta?

—Hay algo dentro que te asustaría.

Pero el rey no se dio por satisfecho e insistió:

—He visto todo el palacio y quiero ver también lo que hay en esta habitación.

Y mientras lo decía se acercó a la puerta para abrirla. El fiel Juan lo retuvo diciéndole:

—Prometí a tu padre en el lecho de muerte que no te enseñaría lo que hay en esta habitación, pues podría convertirse en una gran desgracia para ti y para mí.

—No, no —replicó el joven rey—, si no consigo entrar será mi perdición: ni de día ni de noche estaré tranquilo hasta verlo con mis propios ojos. No me moveré de aquí hasta que tú me abras la puerta.

En la vida humana llega un momento en que el joven o la joven empieza a recorrer “el palacio real”, es decir, empieza a descubrir quién es, los tesoros, dones o talentos de que dispone. El joven se descubre a sí mismo y sus facultades. El “palacio” es el mismo ser humano, para santa Teresa es un “castillo”, como la ciudad-castillo de Ávila; para el Sexto Patriarca Zen de China es una ciudad; para san Pablo, un templo como el de Jerusalén.

En otro cuento, el de «Zarzarrosa» o de la «Bella durmiente», una princesa, a los quince años, empieza igualmente a recorrer el palacio de su padre. Si, en este caso, la joven se pincha en la rueda del pensar, por lo que la vida queda como estancada, inmovilizada, aparente muerta, en el cuento del fiel Juan el joven rey va a descubrir un misterio que le atrae con un amor irresistible y le va a hacer emprender un camino lleno de peligros para poder alcanzar lo que su corazón anhela.

El fiel Juan vio que no había nada que hacer. Suspirando y muy apesadumbrado fue buscando en su manojó de llaves la que correspondía a aquella puerta. Cuando la abrió, entró él primero con la intención de tapar el cuadro para que el rey no lo pudiera ver. Pero no sirvió de nada. El rey se puso de puntillas y miró por encima de sus hombros.

En cuanto vio el retrato de aquella princesa tan maravilloso, luciendo piedras preciosas y oro, cayó desvanecido al suelo. El fiel Juan lo tomó y lo llevó a su cama, mientras

pensaba sumamente preocupado: “Ya está la desgracia. ¿nos llevará?” Luego lo reanimó con vino hasta que volvió en sí. Lo primero que dijo el joven rey fue:

–Ay, ¿de quién es este bello retrato?

–Es la princesa del Techo de oro –respondió el fiel Juan.

El rey siguió diciendo:

–Mi amor por ella es tan grande que si todas las hojas de los árboles fueran lenguas, no serían capaces de expresarlo. Emplearé mi vida en conseguirla. Tú eres mi fiel Juan y me tienes que ayudar.

El joven se siente atraído por un no sé qué, un misterio de belleza que barrunta en lo más íntimo. La puerta que da acceso a esta estancia del “palacio” que él mismo es está extrañamente vigilada. Recuerda al ángel que está en la puerta del paraíso, después de que el ser humano, Adán y Eva, hayan quedado fuera de él, ya no viviendo en la natural cercanía del Señor. Es difícil el acceso al paraíso. ¿Qué se puede hacer, con la ayuda del fiel Juan, el guía interior, para conseguirlo? Ahí empieza la búsqueda.

El fiel sirviente reflexionó largamente sobre cómo abordar el asunto, pues resultaba difícil ya el simple hecho de poder ver a la princesa cara a cara. Por fin se le ocurrió algo, y le dijo al rey:

–Todo lo que la rodea es de oro, las mesas, las sillas, las fuentes y toda la vajilla y utensilios de casa. En tu tesorería están depositadas cinco toneladas de oro. Destina una de ellas a objetos de orfebrería. Convoca a todos los orfebres del reino y haz que conviertan el oro en recipientes y utensilios, pájaros de diferentes especies, ciervos y todo tipo de animales maravillosos. Eso le gustará a la princesa. Nos embarcarnos con todo esto hasta llegar a su reino y probaremos suerte.

Así pues, el rey convocó a todos los orfebres del reino, que tenían que trabajar día y noche hasta que por fin tuvieron listos los objetos más preciosos. Cuando lo hubieron transportado todo hasta el barco, el fiel Juan se vistió de vendedor y el rey tuvo que hacer otro tanto para no ser reconocido. Luego zarparon hacia alta mar y navegaron mucho tiempo hasta llegar a la ciudad donde vivía la princesa del Techo de oro.

Lo primero que hay que hacer en el camino hacia lo profundo, el hondón del alma, representado aquí por la princesa, es hacer todo tipo de objetos de oro, producir acciones de oro, actuar de manera valiosa, llevar buenos frutos, es decir, obrar bien, hacer el bien. Hacerlo además de una manera humilde, natural, sin aparentar, quitándose el vestido de rey para parecer un simple vendedor de objetos de oro.

De esta manera conviene embarcarse en un largo viaje por mar, el equivalente del

desierto o del bosque en otros cuentos. Lo que hace falta ahora es fortaleza y determinación, paciencia. Antes o después, esto conduce a la ciudad en que vive la princesa del Techo de oro, es decir, a ese centro más profundo que es todo de oro, signo de realeza.

Una vez llegados a la ciudad donde vivía la princesa del Techo de oro, el fiel Juan indicó al rey que se quedara en el barco y esperara.

—Quizás vuelva con la princesa —dijo—, así que ten todo ordenado, expón las piezas de oro y haz adornar todo el barco.

Luego eligió unas cuantas piezas y las guardó en su mandil, bajó a tierra y se encaminó derecho al palacio real.

Cuando entró en el patio vio junto al pozo a una bella doncella que llevaba en las manos dos cubos de oro con los que sacaba agua. Cuando se dispuso a recoger el agua cristalina y se volvió, vio al extranjero y le preguntó qué quería. Él contestó:

—Soy un mercader.

A la vez abrió su mandil para enseñarle lo que llevaba. Ella exclamó:

—¡Qué objetos de oro tan bellos!

Soltó los cubos y fue mirándolos uno por uno. Luego dijo:

—Esto debería verlo la princesa. Le gustan tanto los objetos de oro que os comprará todas las piezas.

Acto seguido lo tomó de la mano y lo condujo al interior del palacio, pues ella era la doncella de la reina. Cuando la princesa vio la mercancía, se puso muy contenta y dijo:

—Está tan bellamente labrado que os lo compraré todo.

Pero el fiel Juan dijo:

—No soy más que el sirviente de un rico mercader; lo que llevo aquí no es nada en comparación con lo que mi señor lleva en el barco, es lo más artístico y valioso que nunca jamás se haya labrado en oro.

Ella quiso que se lo subieran todo, pero él replicó:

—Harían falta muchos días para transportarlo, tan grande es su colección, y vuestro palacio no tendría salas suficientes para albergarla.

Escuchándole, la curiosidad y las ganas de la princesa fueron creciendo de tal manera que acabó diciendo:

—Llévame al barco, quiero ir personalmente para contemplar los tesoros de tu señor.

Entonces el fiel Juan, lleno de alegría, la condujo al barco, y cuando el rey la vio, se dio cuenta de que su belleza aún superaba la que reflejaba el cuadro y le parecía que su corazón fuera a estallar. La princesa subió al barco, y el rey la condujo al interior.

El hombre recoge ahora el fruto de su paciente labor por convertir una gran parte de su tesoro, de sus talentos, en extraordinarias piezas de oro, es decir, en frutos de una vida recta, atravesando con determinación situaciones difíciles y momentos de tristeza, todo lo que significa una travesía por alta mar, guiado siempre por su voz y guía interior. «Sin otra luz y guía sino la que en el corazón ardía», canta san Juan de la Cruz.

La alegría de este primer encuentro con la princesa, la luz del alma, supera toda descripción, es más de lo que pueden captar los sentidos. En el camino del Zen equivale a un *ken-sho*, a un “ver la naturaleza esencial”.

Es un momento importante, pues ya está la princesa en el barco, y ha entrado en su vida lo más esencial, pero a la vez es solo algo inicial. La parte más difícil del camino aún tiene que llegar. Una cosa es ver a la princesa y otra llegar a ser uno con ella, esposo y esposa. En primer lugar, tiene que conseguir su consentimiento para casarse con él. Esto equivale a que no solo en la vida del ser humano ha habido un momento de “ver lo esencial”, sino que se compromete con ello. En el cuento Zen del pastor que busca su buey desaparecido significa pasar de solo verle a atarle para ya no soltarle más. El cuento del fiel Juan lo cuenta de la siguiente manera.

Mientras el rey y la princesa entraron en el barco, el fiel Juan se dirigió hacia el capitán para indicarle que zarpara:

–Izad todas las velas para que el barco vuele cual pájaro en el aire.

El rey fue mostrando la vajilla de oro, pieza por pieza, las fuentes, vasos, cuencos, los pájaros, ciervos y toda clase de animales fantásticos. La princesa pasó muchas horas contemplándolo todo, y en su alegría no se daba cuenta de que el barco estaba navegando por alta mar.

Después de ver la última pieza, dio las gracias al mercader y se dispuso a volver a casa. Pero, cuando se asomó a la cubierta del barco, vio que estaba lejos de tierra, en alta mar, navegando a toda vela.

–¡Ay de mí! –exclamó asustada–, me han engañado y secuestrado. He caído en manos de un mercader. Preferiría morir.

Entonces el rey la tomó de la mano y dijo:

–No soy un mercader, soy rey, y de no menor alcurnia que tú. El que te haya llevado a la fuerza ha sido por un amor muy grande. La primera vez que vi tu imagen caí desmayado al suelo.

Cuando la princesa del Techo de oro lo oyó, se consoló, y su corazón se inclinó hacia él, por lo que asintió gustosamente a ser su esposa.

Se podría pensar que, a partir del momento en que la princesa y el rey se comprometen

mutuamente, está todo hecho. En los cuadros del pastor y el buey, el cuarto cuadro, en el que el pastor ata al buey, desde luego es decisivo, pero le siguen ahora una serie de cuadros en que se reflejan luchas y dificultades. Es como si el buey quisiera escaparse de nuevo, tirando fuerte de la reata por la que le tiene sujeto el hombre. De hecho, es un tiempo de purificación, de lucha entre la luz y las tinieblas que, felizmente superado, culmina en la transformación en persona verdaderamente iluminada.

En el cuento del fiel Juan, las dificultades ya se anuncian cuando todavía están navegando en alta mar.

El fiel Juan estaba sentado en la proa del barco tocando música. En esto vio en el cielo tres cuervos que se acercaban volando. Dejó de tocar y se puso a escuchar lo que estaban hablando entre ellos, pues era capaz de entenderlos. Uno estaba diciendo:

—¡Oh, se lleva a la princesa del Techo de oro!

El segundo replicó:

—Sí, pero aún no la tiene.

El tercero objetó:

—Sí la tiene, pues está con él en el barco.

Volvió a intervenir el primero:

—Pero ¿de qué le sirve? Cuando lleguen a tierra, un caballo rojo saltará al encuentro del rey, él querrá montarlo y, si lo hace, se lo llevará por los aires y nunca más volverá a ver a su princesa.

—¿No hay nada que pueda salvarle? —preguntó el segundo—. Ah sí, que lo monte otro, tome el fusil que el caballo lleva encima y lo mate. De esta manera el joven rey se salvaría. Pero, ¿quién sabe esto? Y si alguien lo supiera y lo dijera, se convertiría en piedra desde los dedos del pie hasta la rodilla.

Dijo el segundo:

—Yo sé algo más: aunque mate al caballo, el joven rey no se quedará con su prometida. Pues cuando lleguen a palacio, encontrarán una camisa de novia en una fuente, parecerá tejida de oro y plata, pero está hecha de azufre y pez. Si el rey se la pone, se quemará hasta los tuétanos.

—¿No hay salvación? —preguntó el tercero—. Sí la hay: si alguien coge la camisa con guantes y la echa al fuego para que se consuma, el joven rey estará a salvo. Pero, ¿de qué sirve? Quien lo sepa y se lo diga, se convertirá en piedra desde los pies hasta la cintura.

Dijo el tercero:

—Aún sé otra cosa más: aunque se queme la camisa de novia, el joven rey todavía no tiene a su prometida. Pues cuando, después de la boda, comience el baile y la joven reina empiece a bailar, de repente se desmayará y caerá como muerta. Y si no la levanta

alguien y le chupa tres gotas de sangre de su pecho derecho, escupiéndolas a continuación, ella morirá. Pero si alguien que lo supiera lo dijera, se convertiría en piedra todo entero, desde los pies hasta la coronilla.

Después de haber comentado esto, los cuervos siguieron volando por su camino.

El cuento resume las pruebas y dificultades del camino en tres. La primera dificultad, representada por el caballo rojo que se puede llevar al ser humano por los aires, es la tentación del orgullo, incluido de modo principal el orgullo espiritual, el creerse alguien por haber llegado hasta “la princesa”. Si “monta” en este caballo rojo, se alejará de la luz del alma y nunca más volverá a verla. El caballo del orgullo, que embelesa y atrae, ha de matarse decididamente, no hay que montarse en él. El orgullo es el gran enemigo en este camino, decía Rikyu, famoso maestro Zen de los primeros siglos del Zen en Japón. El salmista de la Biblia reza: «Preserva a tu siervo de la arrogancia, para que no me domine; así quedaré libre e inocente del gran pecado» (Sal 18).

Vestir la camisa que aparenta ser de oro y plata es ir enseñando los logros en el camino, es vestirse de algo que quema y destruye. El camino va por el no aparentar, sin reparar en uno mismo, la mirada puesta solo en el Otro, caminando con las manos vacías, olvidando la iluminación y olvidando que se ha olvidado la iluminación.

El camino a lo profundo roza la muerte. La “princesa” cae como muerta, Blancanieves está un tiempo aparentemente muerta en un sarcófago de cristal. Lo extraño es que la salvación se encuentra perdiendo la vida; en el cuento, extrayendo la sangre, que significa la vida. Quien pierde su vida la encontrará. Este hecho resalta de una manera especial en la figura del fiel Juan, el siervo fiel, que está dispuesto a dar la vida por su señor.

El fiel Juan lo había entendido todo. A partir de este momento estuvo muy silencioso y triste, pues, si callaba ante su señor lo que acababa de oír, este sería infeliz. Si se lo decía, tenía que sacrificar su propia vida. Por fin se dijo: “Quiero salvar a mi señor, aunque al hacerlo me hunda yo mismo.”

Cuando llegaron a tierra, todo ocurrió como los cuervos habían pronosticado. Y el fiel Juan, arriesgándolo todo, montó en el caballo para matarlo, arrojó la camisa que aparentaba oro y plata al fuego y, por fin, también extrajo la sangre del pecho de la princesa, escupiéndola luego.

Los demás siervos del rey murmuraron al ver que mataba al bellissimo caballo y que quemaba la camisa de oro y plata. Pero el rey les hacía callar diciendo:

—Dejadlo, él es mi fidelísimo Juan, quién sabe para qué será bueno.

Pero cuando el rey vio lo que hacía con la princesa desmayada, se encolerizó y

exclamó:

–Arrojadlo a la cárcel.

A la mañana siguiente, el fiel Juan fue condenado a muerte y lo llevaron a la horca. Cuando ya estaba en el patíbulo e iban a ajusticiarlo, dijo:

–A todos los condenados a muerte se les concede hablar antes de morir. ¿Es que no voy a tener yo también este derecho?

–Sí –dijo el rey–, te lo concedo.

Entonces el fiel Juan dijo:

–Se me ha condenado injustamente. Siempre te he sido fiel –y contó cómo había escuchado la conversación de los cuervos cuando navegaban por alta mar y cómo tuvo que hacer todo esto para salvar a su señor.

Entonces el rey exclamó:

–¡Oh, mi fidelísimo Juan! ¡Gracia! ¡Gracia! ¡Bajadlo de ahí!

Pero el fiel Juan, nada más pronunciar la última palabra, ya había caído al suelo convertido en una estatua de piedra.

El fiel Juan se expuso a morir para salvar la vida de aquel a quien había prometido al anciano rey cuidar y salvar, aunque le costara la vida. La princesa, aparentemente muerta, había revivido al perder su sangre, la vida. Quien pierde su vida, la salva; quien la busca, la pierde, proclama el evangelio y corrobora la vida de los creyentes. Finalmente, el mismo rey, así como la reina, estarán dispuestos a perder lo que más quieren, la vida de sus hijos, para salvar la del fiel Juan.

Tanto el rey como la reina estaban profundamente apesadumbrados al ver al fiel Juan convertido en estatua de piedra.

–¡Qué mal he pagado una fidelidad tan grande! –decía el rey.

E hizo levantar la estatua y colocarla al lado de su cama. Cada vez que la veía, se le saltaban las lágrimas y decía:

–¡Ojalá pudiera devolverte la vida, mi fiel Juan!

Pasó un tiempo y la reina dio a luz dos niños gemelos. Fueron creciendo y eran la alegría de sus padres. Una vez, cuando la reina estaba en la iglesia y los niños estaban jugando junto a su padre, este suspiró y exclamó:

–¡Ojalá pudiera devolverte la vida, mi fiel Juan!

Entonces la piedra empezó a hablar, diciendo:

–Tú puedes devolverme la vida si estás dispuesto a entregar lo que más quieres.

–Todo lo que tengo en el mundo –dijo el rey– estoy dispuesto a entregarlo por ti.

–Si con tus propias manos cortas la cabeza de tus hijos y me untas con su sangre,

recobraré la vida.

El rey se horrorizó al oír que debía cortar la cabeza de sus queridos hijos, pero se acordó de la gran fidelidad y de que el fiel Juan había muerto por él. Así que desenvainó su espada y cortó la cabeza de sus hijos. Cuando hubo untado la piedra con su sangre, la piedra se llenó de vida, y el fiel Juan apareció sano y salvo delante de él.

—Tu fidelidad será recompensada —dijo.

Tomó la cabeza de los niños y se las volvió a colocar. Las untó con su sangre y en el mismo momento los niños volvieron a estar sanos y siguieron saltando y jugando.

El cuento emplea aquí unos colores muy fuertes para hacer resaltar la disposición radical de entregarlo todo. Termina refiriendo que el rey aún puso a prueba la disposición de la reina a entregar también ella lo que más quería, la vida de sus hijos, y, al reaccionar ella del mismo modo que el rey, este le contó lo que había sucedido mientras ella había estado rezando en la iglesia. Le presentó a los niños y al fiel Juan sanos y salvos, y ya vivieron felices todos juntos el resto de su vida.

El que pierde su vida, la encuentra y gana el céntuplo. La oración en el trasfondo de lo acontecido al final del cuento indica que la capacidad de dejarlo todo no es el mero fruto de un esfuerzo humano, sino que brota como un don de una raíz más profunda. Trasciende sus capacidades corrientes. Le hace saber desprenderse hasta de lo más querido. En esta libertad de corazón encuentra por fin una felicidad que nada en el mundo puede proporcionar ni igualar. Y, a la vez, recobra todas las cosas de una manera nueva, pues hasta las más insignificantes vividas desde esta libertad le llenan de felicidad.

EL LEÓN Y LA RANA

VOLVER A VER RESPETANDO LA SOMBRA



Los cuentos reunidos por los hermanos Grimm, impresos pobremente en un papel mediocre, pero encuadernados en un verde esperanzador, aparecieron después de muchas dificultades para encontrar un editor y entre penurias de todo tipo el año 1812. En la Navidad de aquel año fueron el gran regalo sorpresa para la familia de Wilhelm, uno de los dos hermanos gemelos. El otro, Jacob, era soltero.

Habían recogido los cuentos por los pueblos alemanes, de boca de gentes “pobres de espíritu”, despreciadas por eruditos orgullosos de su intelecto. Muchas veces eran mujeres ancianas quienes transmitían esta especie de mitos populares, un tesoro milenario del pueblo. Una profunda sencillez y sabiduría se refleja en cada uno de ellos, cada vez de diferente manera.

Érase una vez un rey y una reina que tenían un hijo y una hija que se querían mucho.

Así empieza uno de estos cuentos. Como ocurre prácticamente siempre, este principio habla de lo que es la verdadera naturaleza del ser humano, su alma más íntima: de estirpe real, muy noble y profundamente libre, fuente de armonía.

La Biblia dice que ha sido creado a imagen de Dios (Gn 1,27). Esto lo recuerda santa Teresa cuando se dispone a escribir *Las moradas* del castillo del alma, afirmando: «No hallo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma... Y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla; así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza» (*Moradas primeras*, cap. 1). La compara a un «castillo todo de diamante y muy claro cristal», indestructible y vacía de la más pequeña mota perceptible.

«A imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó», prosigue el texto bíblico. Hay varones y mujeres, pero también en cada ser humano verdaderamente maduro si es varón está lo femenino, y si es mujer está lo masculino.

Con una simple pincelada, el cuento esboza el tesoro que es todo ser humano en su realidad más profunda. Sin embargo, no es así como se suele manifestar la mayoría de las veces en la vida cotidiana. ¿Cómo se reacciona ante esta circunstancia? Ahí empieza la trama del cuento.

El príncipe salía muchas veces a cazar, y a veces se quedaba mucho tiempo fuera, en el bosque. Pero una vez ya no regresó. Ante esto, su hermana casi se volvió ciega de tanto llorar. Por fin, ya no aguantó más y salió al bosque para buscar a su hermano.

Es todo un paso en la vida empezar a darse cuenta de que a uno le falta algo muy importante e íntimo. Muchas veces ocurre entre los treinta y los cincuenta años de edad, cuando se va mitigando el primer ímpetu y se empieza uno a preguntar por el sentido de lo que se está haciendo, de cómo se vive, de la vida en general y de uno mismo. Otras veces es algún acontecimiento doloroso o de gran felicidad el que lo desencadena. La consecuencia es “salir a buscar”. En cada cual está aquel que debe ser, si no lo es, feliz no puede ser, como dice Angelus Silesius, el poeta místico.

Después de haber recorrido largos caminos, estaba tan cansada que ya no podía más y, cuando en este momento se volvió para mirar detrás de sí, había un león a su lado que era muy amable y parecía muy bueno. Así que se sentó en su lomo, y el león la llevaba por el camino y la acariciaba con su cola y le refrescaba las mejillas.

Ponerse en camino supone aguantar largas caminatas, buscar una senda u otra, hasta decidirse. La persona que empieza a practicar Zen, podrá repetir más de una vez las palabras de un antiguo maestro Zen de China: «¿El sentido de la venida de Bodidharma a Oriente? Sentarse mucho tiempo y cansarse».

Pero en el momento en que ya no puede más, cuando ha agotado todas las flechas y solo queda tirarse a sí misma, rendirse, entonces, de repente, cambia totalmente la situación. Desaparece el cansancio, toda molestia, “cada paso levanta una brisa fresca”. Todo discurre sin esfuerzo alguno. El león, que es un signo solar, como el rey, es el animal a lomos del cual se representa a Manjusri, el bodisatva de la iluminación. En realidad, a partir de este momento, la princesa ha dado con todo lo que andaba buscando, aunque no se da plenamente cuenta de ello. Solo siente el alivio, la paz. Es asentamiento, abismamiento, *sanmai*, en que, como refleja el ideograma con que se escribe esta palabra en chino-japonés, ya está todo, pero respecto a la luz aún se anda por las ramas.

Se podría pensar que ahora ya es simplemente cuestión de que poco a poco se vaya viendo con claridad, de que se haga cada vez más luz, pero no.

Cuando el león hubo caminado un buen trecho, llegaron a una cueva. El león se metió dentro, y ella no sintió miedo ni tampoco ganas de bajarse, ya que el león era tan amable. Así que entraron en la cueva y, cada vez se ponía más oscura, hasta que por fin ya no lo podía estar más. Después de quedarse así un rato, volvieron a encontrarse a plena luz del día y en medio de un jardín maravilloso. Todo estaba muy fresco y brillaba al sol. En medio de aquel jardín había un palacio precioso. Al llegar al portal, el león se detuvo y la princesa bajó de su espalda. Entonces el león empezó a hablar y dijo:

—En esta bella casa vivirás y me servirás, y, si cumples con todo lo que te mando,

volverás a ver a tu hermano.

Entonces la princesa entró a servir al león y le obedecía en todo.

En este cuento está clarísimo que llegar a ver no es un proceso gradual en que cada vez se va viendo un poco mejor o más, sino que ocurre todo lo contrario: es meterse una y otra vez en una oscuridad creciente hasta que, de repente, en el momento culminante, se da un vuelco. El primer centro de Zen creado por un cristiano, el P. Lassalle, se llama Shinmeikutsu, «Cueva de la oscuridad divina».

En medio de la oscuridad es donde aparece la luz. Navidad, la fiesta del nacimiento de Jesucristo, luz del mundo, no se celebra en el solsticio de verano, cuando los días son más largos, sino en el solsticio de invierno, cuando ha llegado el día más corto del año y renace el sol, según la cosmovisión antigua.

«Cuando veáis que sucede esto [gran tribulación, el sol hecho tinieblas, la luna sin resplandor...], sabed que el Hijo del hombre está cerca, a la puerta», dice Jesús a sus discípulos (Mc 13,29). San Juan de la Cruz también dice que cuando se está muy mal habría que alegrarse, porque la salvación está cerca.

Tal como hace la princesa, es cuestión de irse metiendo en la cueva de la oscuridad divina, apoyada en la confianza que le da el león.

De esta forma llega a estar de repente en un jardín maravilloso, lleno de frescor y de luz. «¡Quién hubiera pensado nunca que simplemente siguiendo la respiración iba a descubrir dentro de mí un jardín de libertad!», exclamó una vez un preso que había empezado a “sentarse” estando en la cárcel.

El palacio que está en el centro de este jardín es el alma. Ahí es cuestión de servir al león, o sea, ser fiel a lo mejor de uno mismo, no dejándose avasallar por los caprichos del ego superficial. Es la etapa de “servir al señor”, según los “cinco grados del señor y su servidor” –*kunshin goi*– en el Zen. Es un tiempo de obediencia, disciplina, purificación, en que a la princesa le toca hacer lo que a Blancanieves en casa de los enanos y a la joven que salta al pozo en casa de Doña Inferos.

Una vez estaba paseando por el jardín. Todo era una hermosura, pero a pesar de esto estaba triste, porque se sentía sola y abandonada por todo el mundo. Mientras iba recorriendo el jardín de un lado a otro, vio una charca y en el centro de la charca había una pequeña isla con una tienda de campaña. De pronto se dio cuenta de que debajo de la tienda estaba sentada una rana verde que, a modo de gorro, llevaba un pétalo de rosa en la cabeza. La rana se le quedó mirando y dijo:

–¿Por qué estás tan triste?

–¡Ay! –dijo ella–, ¿cómo no voy a estar triste? –y le contó todas sus penas.

Entonces la rana dijo con mucha amabilidad:

–Cuando necesites algo, ven aquí, yo te ayudaré, te aconsejaré y te echaré una mano en lo que te haga falta.

–Pero, ¿cómo te voy a pagar esto?

–No hace falta que me des nada –dijo la rana–, basta con que me traigas todos los días un pétalo de rosa como gorro.

La princesa se quedó entonces algo más consolada. Y a partir de este momento, siempre que el león quería algo, ella iba corriendo a la charca y la rana acudía saltando aportándole al rato lo que necesitaba.

La rana, así como en otras ocasiones por ejemplo los siete enanos o Doña Inferos, es la sombra. La sombra es la luz en la forma del árbol que se interpone. Es, de alguna manera, el revés de la luz; la charca, lo opuesto a la tierra firme del jardín; la tienda de campaña, lo opuesto al palacio; la rana, lo opuesto al león. Pero tiene que ver mucho con la luz: la rana es un animal que aparece siempre en cuentos y mitologías en relación con la transformación de la persona debido a su ciclo vital, a lo largo del cual logra la transición del agua a la tierra firme, y pasa de ser huevo a renacuajo, atravesando luego toda una espectacular metamorfosis hasta convertirse en rana adulta.

Es decisiva la actitud de la princesa, que no aborrece a la rana. En lugar de mostrarse orgullosa ante ella, es sencilla y humilde, y le confía todas sus penas. Solamente en la medida en que una persona sabe actuar así ante las sombras o los elementos venenosos – formas de odio, codicia y orgullo–, que en el proceso del *za-zen* aparecen en su conciencia, llegará a la meta. «El Zen elimina los elementos venenosos», dice el Sexto Patriarca Enô. Sin embargo, si uno los ignora, por vergüenza, orgullo o algo parecido, los vuelve a encerrar en lugar de eliminarlos. No es cuestión de aniquilación, sino de transformación. De ahí que haga falta una cierta actitud de delicadeza, como lo de llevarle un pétalo de rosa cada día. La sombra es, por decirlo de otra manera, una energía, pero en estado bruto; si uno la mata, se mata a sí mismo; si la transforma, llega a ser quien realmente es.

También en este caso la situación se va agravando hasta lo imposible.

Al cabo de algún tiempo, el león dijo:

–Esta noche me apetecería cenar croquetas de mosquito, pero han de estar bien hechas.

La princesa pensó: «¿Cómo voy a conseguir esto? No puedo de ninguna manera». Y acudió corriendo a su rana. La rana le dijo:

–No te preocupes en absoluto. Te conseguiré las croquetas de mosquito.

La rana se sentó, abrió la boca hacia un lado y otro, y cazó todos los mosquitos que le

hacían falta. Luego saltó de un lado para otro, acarreando astillas de leña y encendió un fuego. Cuando ya estaba ardiendo, preparó la masa, la puso a freír sobre la lumbre, y aún no habían pasado dos horas cuando ya estaba todo terminado y a gusto del más exigente.

Lo imposible llega a ser posible. Muchos así lo experimentan en el camino del Zen. No tiene explicación lógica, pero algo ha cambiado en niveles profundos, inconscientes, y lo que parecía imposible, ya no lo es, sale incluso sin esfuerzo propio, por ejemplo en el trato con otras personas o en la actitud ante ciertas situaciones. Pero aún no ha terminado ahí la gravedad del momento decisivo.

La rana dijo entonces a la muchacha:

—No te voy a dar las croquetas hasta que me prometas cortar la cabeza del león, en cuanto se haya dormido, con una espada que está escondida detrás de su cama.

—¡Jamás! —dijo ella—, eso no lo haré, ¡ha sido siempre tan bueno conmigo el león!

Entonces dijo la rana:

—Si no lo haces, nunca volverás a ver a tu hermano, y al mismo león tampoco le infliges ningún daño haciendo esto.

Entonces ella se armó de valor, cogió las croquetas y se las llevó al león.

—Tienen muy buen aspecto —dijo el león, que las husmeó y enseguida les hincó el diente y se las comió todas.

Al terminar sintió cansancio y decidió dormir un poco. Así que dijo a la princesa:

—Ven, siéntate a mi lado y ráscame un poco detrás de las orejas, hasta que me haya dormido.

Entonces ella se sentó a su lado y le fue rascando con la mano izquierda mientras con la derecha iba buscando la espada que estaba detrás de su cama. Cuando el león estuvo dormido, la desenvainó y, cerrando los ojos, cortó la cabeza del león de un solo tajo.

Es necesario “morir en el cojín”, se dice en el Zen, morir totalmente a sí mismo, olvidarse de sí mismo, desprenderse hasta de lo más valioso que se tiene. Incluso de aquello que parece garantizar la supervivencia, como cuando Abrahán está dispuesto a sacrificar a su propio hijo único. El Maestro Eckhart llega a decir: hay que desprenderse de Dios por amor a Dios. Solamente prescindiendo de todo lo que uno mismo, desde su yo limitado, puede tener o forjarse, hasta en lo religioso, es como le puede llegar a uno lo que no es ya producto de uno mismo, sino que viene de más allá de uno mismo, lo que es más íntimo que lo más íntimo de uno mismo (san Agustín). La princesa tuvo valor para hacer esto.

Entonces, al jugárselo todo, recibió todo.

Cuando volvió a abrir los ojos, el león había desaparecido y delante de ella estaba su querido hermano, que la besó cariñosamente y le dijo:

–Me has salvado, porque yo era el león y estaba condenado a serlo, hasta que una mano de muchacha, por amor a mí, cortara la cabeza del león.

Al abrir los ojos, la princesa ve la realidad, lo que hasta entonces solo era capaz de ver entre sombras. Al ver a su hermano redescubre su verdadera naturaleza.

En términos del Zen, podría decirse que es *ken-sho*, ver la naturaleza esencial. El Ojo está abierto por fin. En este caso ha jugado un papel muy importante el amor. El amor abre el Ojo; esto se acentúa mucho en la tradición judeo-cristiana, pero también está presente en la tradición del Zen: no hay *satori* sin *karuna*, despertar auténtico sin compasión. La primera de las *paramitas* que lleva de la orilla del sufrimiento a la orilla de la libertad del sufrimiento es *dana*, entrega generosa en que uno se olvida de sí mismo. «Cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía», dice el profeta Isaías (58,9-10).

El cuento no termina aquí, pues ¿qué pasa con la sombra? Se cuenta que el príncipe y la princesa...

a continuación bajaron juntos al jardín para dar gracias a la rana. Pero, al llegar donde estaba, vieron que iba saltando en todas las direcciones buscando astillas para hacer un fuego. Y en cuanto estuvo ardiendo con grandes llamaradas, saltó adentro. Todavía siguió ardiendo un poco, pero al final se apagó, y entonces apareció delante de ellos una hermosa muchacha, que también había sido embrujada, y que era el amor del príncipe.

La sombra se autodestruye. Así ocurre también con el enano saltarín que quería llevarse al niño de la reina y con la reina mala en el cuento de «Blancanieves». Nunca es arremetiendo contra la sombra desde fuera como desaparece, sino que se transforma en su raíz por un proceso interior, por medio de una purificación como la del oro en el fuego. De las cenizas surge entonces la vida verdadera.

Entonces volvieron todos juntos a casa, donde estaba el anciano rey y la señora reina. Y se celebró una gran boda, y quienes estuvieron en ella no volvieron hambrientos a casa.

Se ha cumplido el anhelo profundo del corazón humano: la vuelta a casa, llegar a ser quien en el fondo ya se era desde siempre. Esto significa algo como una boda real: vida unificada, regia, es decir, muy noble, libre y feliz. Quien llega a esta boda ya no siente más hambre. En medio de las vicisitudes de la vida, alegrías y dolores, hay una paz profunda en este corazón.

ZARZARROSA O LA BELLA DURMIENTE

CORTAR LA ENREDADERA DE LOS PENSAMIENTOS
Y SENTIMIENTOS ILUSORIOS



Hace mucho tiempo vivían un rey y una reina que, aunque exclamaban todos los días: “¡Ojalá tuviésemos un niño!”, no lograban tenerlo. En cierta ocasión, estando la reina bañándose, salió una rana del agua, se arrastró hasta ella y le dijo:

–Tus deseos se cumplirán: antes de que pase un año, traerás una niña al mundo.

Lo que predijo la rana se cumplió, y la reina dio a luz una niña tan hermosa que el rey no cabía en sí de alegría, y dio una gran fiesta. No solo invitó a sus parientes, amigos y conocidos, sino también a las hadas, para que se mostrasen propicias y benévolas con su hija. En total eran trece en su reino, pero como solo tenía doce platos de oro en los que pudieran comer, una de ellas hubo de ser excluida.

La fiesta se celebró con toda pompa y, al terminar, las hadas fueron otorgando a la niña sus prodigiosos dones: una le dio virtud; otra, belleza; la tercera, riquezas, y así sucesivamente: todo aquello que es deseado en el mundo. Cuando la undécima acabó de otorgar su gracia, se presentó de repente la que hacía el número trece. Quería vengarse de no haber sido invitada y, sin saludar ni mirar a nadie, dijo en voz alta:

–Cuando cumpla quince años, la princesa se pinchará hilando y caerá muerta al suelo.

Y, sin decir una palabra más, les dio la espalda y abandonó la sala. Todos quedaron aterrados. Entonces se adelantó la duodécima hada, que todavía no había pronunciado su deseo, y, no pudiendo revocar el malvado conjuro, sino solo atenuarlo, dijo:

–La princesa no caerá muerta, sino que se sumirá en un sueño de cien años.

El rey, queriendo proteger a su querida hija de su destino, ordenó que fuesen quemadas todas las ruelas del reino. Mientras tanto, fueron cumpliéndose en la niña todas las virtudes otorgadas por las hadas, pues era tan hermosa, casta, amable y comprensiva que todo el que la veía se prendaba de ella.

El rey y la reina se ausentaron el día en que cumplió los quince años, y la niña se quedó sola en el palacio. Entonces se puso a recorrerlo todo a su antojo, entrando en alcobas y aposentos. Finalmente llegó a una vieja torre. Subió por una estrecha escalera de caracol hasta un rellano en el que había una puertecita. En la cerradura había una llave enmohecida y, cuando le dio una vuelta, la puerta se abrió y vio, en una alcobita, a una anciana que, con un huso en la mano, hilaba laboriosamente su lino.

–Buenos días, abuelita –dijo la princesa–, ¿qué estás haciendo?

–Estoy hilando –respondió la anciana moviendo la cabeza.

–¿Y qué es esa divertida cosita que da vueltas como una bolita?

Diciendo esto, la niña cogió el huso y quiso ponerse a hilar. Mas apenas lo hubo tocado, se cumplió el conjuro y se pinchó con el huso.

En el mismo momento en que sintió el pinchazo, cayó sobre una cama que allí había y quedó sumida en un profundo sueño. Y su sueño se extendió por todo el palacio.

El rey y la reina acababan de llegar y empezaron a quedarse dormidos cuando entraban en la sala; y con ellos se durmió toda la corte. Y se durmieron también los caballos en sus caballerizas; los perros en el patio; las palomas en los tejados; las moscas en las paredes; sí, hasta el fuego que llameaba en el hogar se aquietó y se durmió; y el asado dejó de asarse; y el cocinero, que iba a castigar con un tirón de orejas un descuido del pinche de cocina, lo soltó y se quedó dormido. Y el viento se detuvo en los árboles que crecían junto al palacio: no volvió a moverse ni una sola hoja.

En torno al castillo creció un seto de escaramujos que cada año se hacía más alto, acabando, finalmente, por cercar todo el palacio y cubrirlo con su espesura, de tal forma que nada de él podía verse, ni siquiera la bandera en la torre. Y por todo el país se extendió la leyenda de Zarzarrosa, la bella durmiente, que así fue llamada la princesa. De tiempo en tiempo llegaban príncipes que querían penetrar en el palacio atravesando el seto. Pero no les era posible, pues las espinas, como si fuesen manos, los agarraban fuertemente; así los jóvenes quedaban prisioneros, no podían liberarse y morían de una muerte cruel.

Al cabo de muchos y largos años llegó al país un nuevo príncipe que oyó hablar a un anciano del seto de escaramujos: tras él se ocultaba un palacio en el que una hermosa princesa, llamada Zarzarrosa, dormía desde hacía ya cien años; y con ella dormían también el rey y la reina y toda la corte. También sabía por su abuelo que habían venido ya muchos príncipes para intentar atravesar el seto, pero que todos habían quedado prisioneros en él, hallando una triste muerte. Entonces dijo el joven:

—No tengo miedo; iré allí y veré a la bella Zarzarrosa.

Y nada pudieron los consejos del anciano: el príncipe no hizo caso de sus palabras.

En esto transcurrieron los cien años y llegó el día en que Zarzarrosa tenía que despertar. Cuando el príncipe se acercó al seto de escaramujos, lo encontró lleno de grandes y hermosas flores, que se apartaban voluntariamente ante él y le permitían pasar sin daño alguno, cerrándose de nuevo a sus espaldas en espeso matorral.

En el patio del palacio vio a los caballos y a los pintados perros de caza, tumbados y durmiendo; en los tejados estaban las palomas con las cabecitas escondidas bajo sus alas, y cuando entró en el palacio, las moscas dormían en las paredes, el cocinero en la cocina tenía todavía la mano en alto, como si quisiera alcanzar al mozo, y la criada estaba ante el negro pollo que tenía que pelar. Siguió caminando por los salones y vio a toda la corte, tendida y durmiendo; y arriba, en el trono, yacían el rey y la reina. Siguió, y

reinaba un silencio tan profundo que podía escuchar su propia respiración, y, finalmente, llegó a la torre y abrió la puerta de la alcobita donde dormía Zarzarrosa. Allí estaba echada, y era tan hermosa que no pudo apartar de ella los ojos; se inclinó y la besó.

Al rozarla con los labios, Zarzarrosa abrió los párpados, despertó y lo miró muy tiernamente. Entonces bajaron juntos, y el rey se despertó, y la reina, y toda la corte, y se miraban unos a otros sorprendidos. Y en el patio, los caballos se levantaron y se sacudieron; los perros de caza saltaron y ladraron; en el tejado, las palomas sacaron las cabecitas de entre las alas, miraron en derredor y partieron volando por los campos; las moscas siguieron andando por las paredes; el fuego se levantó en la cocina, llameó y cocinó la comida; el asado siguió asándose; el cocinero le propinó al mozo un guantazo tan fuerte que le hizo gritar; la criada acabó de pelar el pollo...

Y entonces se celebró con toda pompa la boda del príncipe con Zarzarrosa, y vivieron felices hasta su muerte.

Como siempre ocurre en los cuentos que recogieron los hermanos Grimm por los pueblos, sobre todo de labios de ancianas, cada uno de los personajes que aparecen en él son diferentes facetas del mismo ser humano.

En el principio de este cuento de «Zarzarrosa» hay un rey y una reina, el mundo esencial, lo más noble y libre que cabe imaginar. Ese mundo tiende a manifestarse: el rey y la reina desean una hija, el alma humana, que en su hondón pertenece a ese mundo esencial.

Lo extraño es que la promesa que recibe la reina al bañarse de que se va a cumplir su deseo procede de una rana. La rana sale de lo oscuro del agua, vive en lo indefinido del barro y en absoluto se considera un ser noble. Por otra parte, es un animal que pasa por varias transformaciones hasta llegar a ser lo que es, pasa por ser huevo, renacuajo, rana. Por lo tanto, ya desde el momento en que se anuncia el nacimiento del ser humano hay ahí una insinuación de que no va a ser desde el principio noble y libre, a pesar de ser parte del mundo esencial, hija de reyes (hija de Dios en lenguaje bíblico). Tendrá que pasar por un proceso de transformación que no está exento del mal, del dolor y de la muerte para llegar a ser lo que es.

Después de esta primera parte introductoria del cuento, que habla de aquello que el ser humano está destinado a ser desde siempre, se desarrolla la trama de este proceso insinuado por la rana de llegar a ser lo que en el fondo ya se es.

Nace la princesa, una niña hermosa y bella. Está dotada desde el principio –el cuento lo atribuye a unas hadas– de virtud, belleza y todo tipo de dones. Pero también desde el primer momento se prevé que algo la llevará a dejar caer en olvido lo que es. Según el cuento, eso es debido a la maldición del hada número trece, que no había sido invitada.

Hay una tendencia a ignorar este aspecto de la realidad y solo querer ver la armonía. Sin embargo, la realidad no es solo armonía, y la madurez pasa por asumir esta situación. El olvido de sí de la princesa no va a ser definitivo, volverá a despertar y alcanzará la vida de verdad de una forma más plena y madura.

No hay nada que pueda evitar a la persona este proceso. Ni el rey del cuento, que ordena quemar todas las ruelas del país, ni el padre de Siddharta Gotama, también rey, que confina a su hijo en un mundo artificialmente armonioso, ausente de dolor, tema recogido por Calderón de la Barca en *La vida es sueño*.

Llega un momento en la vida –el cuento dice que hacia los quince años– en que el ser humano, su alma, representada en este cuento por una princesa, siente curiosidad por conocer el palacio en que vive. Lo recorre, entrando en todas sus estancias. Al final tiene que subir por una escalera de caracol, imagen de proceso ascendente. Arriba descubre una buhardilla donde una anciana está hilando. Hilar tiene que ver con el hilo de la vida, pero también con hilar conceptos. En este empeño de conocer acaba “pinchándose” en los conceptos, es decir, prevalece tanto el concepto de la realidad que la realidad misma queda como petrificada, inmovilizada, aparentemente muerta. El palacio entero, palacio real, templo del espíritu, queda inmovilizado, como desalmado.

La vida está ahí, pero está languideciendo, no parece vida. Cada vez queda más encerrada, apresada. Las zarzas que van creciendo alrededor del palacio, con sus espinas, indican los tres elementos venenosos –formas de odio, codicia y orgullo– que empiezan a cubrir el palacio, la vida del ser humano.

Sin embargo, existe la posibilidad de romper este cerco y volver a vivir de verdad, aunque parezca imposible. Y aunque a muchos les parezca irreal el recuerdo de aquella vida, y lo consideren una leyenda bonita, pero no verdadera. Con el tiempo, solo los más ancianos, es decir, los sabios, hablan con convicción de que existe esa otra vida noble y libre. La mayoría de la gente la tiene olvidada, ni siquiera ha oído hablar de ella.

Algunos de los que oyen hablar de ella se aventuran en su búsqueda, pero muchas veces lo hacen pensando en su propio provecho y confiando en sus propias fuerzas, lo cual les lleva al fracaso. Hasta que un día, cuando es el momento –a los cien años, dice el cuento–, es decir, después de haber pasado el tiempo necesario para la maduración, el seto se abre solo ante el príncipe que tiene el valor de afrontar la muerte. Ahí el ser humano tiene la experiencia de que algo o alguien está empezando a obrar en él salvándole. Una nueva vida está apuntando. Es algo gratuito que rebasa las propias fuerzas. «El camino del cielo es no pretender luchar y, sin embargo, vencer. No actuando, no hay nada que no se haga» (Lao Tse).

A la vez, entonces es cuando más viva y dolorosamente se da cuenta de que su vida languidece, pues, al entrar en el palacio, ve que todo él parece muerto. Pasando por un

proceso, representado nuevamente en la escalera de caracol, llega hasta la buhardilla donde está la princesa.

En muchos cuentos aparece un palacio o una casa encantada en un bosque; aquí es una buhardilla en un palacio rodeado de un bosque de zarzas. La casa y la buhardilla son el alma humana, pero habitada por sombras: brujas, enanos, demonios. Hace falta un largo periodo de purificación y transformación para que brille la luz. En este caso hicieron falta “cien años” para que las zarzas de los elementos venenosos dejaran de aprisionar el palacio real del ser humano. «He atravesado las tres barreras con una sola flecha», dijo un monje Zen chino en la antigüedad en una situación semejante.

El príncipe besó a la princesa y la despertó de su sueño. El amor, en este caso, lleva al despertar. Cuando la persona despierta y revive, todo el palacio, todo lo que ella es, revive.

Entonces el ser humano llega a la unificación, representada por la boda real. Lo femenino y lo masculino se unifican. Su ser profundo y su vida concreta se vuelven una misma cosa. Este es el significado más profundo de *sangha*, unidad del mundo esencial con el fenoménico. La actuación en la vida cotidiana llega a ser manifestación de lo que se es en el fondo. «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí», dice san Pablo.

En el icono pascual de la Iglesia ortodoxa se ve a Jesucristo rompiendo las puertas del infierno y descendiendo a él para tomar de la mano al hombre, Adán y Eva, y sacarlo de allí. Le devuelve la libertad y su profunda dignidad. En todo ser humano de alguna manera tiene lugar este paso por el infierno para llegar a la liberación.

Buscarme has en ti

Alma, buscarte has en Mí,
y a Mí buscarme has en ti.

De tal suerte pudo amor,
alma, en mí te retratar,
que ningún sabio pintor
supiera con tal primor
tal imagen estampar.

Fuiste por amor criada
hermosa, bella, y así
en mis entrañas pintada

si te perdieras, mi amada,
alma, buscarte has en Mí.

Que yo sé que te hallarás
en mi pecho retratada
y tan al vivo sacada,
que si te ves te holgarás
viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieras
dónde me hallarás a Mí,
no andes de aquí para allí,
sino, si hallarme quisieres,
a Mí buscarme has en ti.

Porque tú eres mi aposento,
eres mi casa y morada,
y así llamo en cualquier tiempo
si hallo en tu pensamiento
estar la puerta cerrada.

Fuera de ti no hay buscarme,
porque para hallarme a Mí,
basta solo llamarme,
que a ti iré sin tardarme,
y a Mí buscarme has en ti.

SANTA TERESA DE JESÚS

LA PASTORA JUNTO AL POZO

LLORAR LÁGRIMAS QUE SE CONVIERTEN EN
PERLAS



Como siempre, así también en este cuento recogido en el pueblo, de labios de alguna anciana, todos los personajes que aparecen son uno mismo, el rey y la reina, la princesa y la pastora, el joven que entra en el bosque y la viejecita.

Érase una vez una viejecita que vivía con sus gansos en un calvero entre las montañas, donde tenía su casita. Todas las mañanas la anciana cogía su bastón y se iba renqueando al frondoso bosque que rodeaba el lugar.

La viejecita estaba siempre muy atareada, mucho más de lo que sus muchos años permitían suponer: recogía hierbas para sus gansos, recolectaba frutos silvestres en la medida en que podía alcanzarlos con sus manos, y todo se lo echaba a la espalda para llevarlo a su hogar. Podría pensarse que la pesada carga tendría que aplastarla contra el suelo, pero siempre lograba transportarla felizmente a su casa. Cuando se tropezaba con alguien, lo saludaba amablemente:

—¡Muy buenos días, querido paisano, qué buen tiempo hace hoy! Sí, sí, sé que os asombráis de que lleve el forraje a cuestas, pero cada cual ha de llevar su carga al hombro.

Pero no caía bien a las demás personas, que preferían dar un rodeo antes que encontrarse con ella; y cuando un padre pasaba por su lado con su hijo, le decía al oído:

—Cuídate mucho de esa vieja, que solo se hace la tonta, pues es una bruja.

La anciana, que vivía en una casa, en medio del bosque, representa la sabiduría de nuestra naturaleza esencial en medio de todas las dificultades y oscuridades del bosque de la vida, luz del alma, pero en forma de “sombra, por el árbol que se interpone”. El «rey que habita el ámbito del espíritu» (Sexto Patriarca), en este cuento se representa como princesa junto a un manantial, esa «fuente que mana, aunque es de noche» (san Juan de la Cruz).

¿Cómo se llega a esta casa que es uno mismo? ¿Cómo se llega a ser quien se es de verdad, alguien de estirpe real?

Un día por la mañana fue un apuesto joven al bosque. El sol brillaba en el firmamento, los pájaros cantaban y un viento fresco acariciaba el follaje, inundándolo todo de alegría. Todavía no se había encontrado con nadie cuando vio de repente a la vieja bruja, de cuclillas en el suelo y cortando hierbas con una hoz. Su saco estaba ya repleto y tenía

junto a ella dos cestos llenos de peras y manzanas silvestres.

–Pero, madrecita –dijo el joven–, ¿cómo puedes cargar con todo esto?

–He de hacerlo, buen señor –respondió–, los hijos de los ricos no tienen por qué, pero entre los campesinos se dice: “No vuelvas la cabeza, que tu joroba no se endereza”. ¿Queréis ayudarme? –añadió al ver que el joven se detenía ante ella–. Tenéis todavía hombros erguidos y piernas jóvenes; os será fácil. Y mi casa tampoco está muy lejos de aquí; está en un prado, entre las montañas. ¡Qué pronto llegaríais!

El joven sintió compasión por la anciana.

–Bien es verdad que mi padre no es campesino –respondió–, sino un rico conde, pero para que veáis que no solo vosotros podéis cargar fardos, os llevaré el saco.

–Si queréis intentarlo –dijo la anciana–, me haréis un gran favor. Tendréis que caminar durante una hora, pero ¡qué os puede importar eso! Aquí tenéis las manzanas y las peras, pues también tendréis que llevarlas.

Al joven conde le pareció algo alarmante la situación cuando oyó hablar de una hora de camino, pero la anciana dejó que se fuera, echándole el saco al hombro y colgándole un cesto de cada brazo.

El ser humano, en este caso, se pone en camino. Animoso, optimista y esperanzado entra en el bosque. Al principio del camino del Zen se experimenta bienestar, serenidad, alegría. Pero de pronto se encuentra con su sombra, la anciana. Movidio por compasión mezclada con orgullo, se ofrece para llevarle los fardos a su casa. Emprende el camino confiando en sus propias fuerzas.

–Y veis –dijo la anciana– se llevan muy bien.

–No, no se llevan muy bien –respondió el conde con gesto compungido–, el saco pesa como si estuviese lleno de piedras, y las manzanas y las peras pesan como si fuesen de plomo; apenas puedo respirar.

El joven hubiera querido desembarazarse de todo, pero la anciana no se lo consentía.

–¿Qué os parece? –dijo irónicamente–, el joven señor no quiere llevar lo que yo, una pobre mujer, he llevado tantas veces. Con bonitas palabras sí son generosos, pero cuando la cosa se pone seria, quieren esfumarse. ¿Qué hacéis ahí temblando? –añadió–. ¡Poneos recto y enderezad las piernas! Nadie os quitará la carga.

Mientras caminaba por terreno llano pudo soportarlo, pero cuando llegó a las montañas y tuvo que subir, y las piedras se deslizaban bajo sus pies como si estuvieran vivas, la marcha le resultó excesiva para sus fuerzas. Las gotas de sudor empaparon su frente y gruesos goterones corrían –ora fríos, ora calientes– por su espalda.

–Madrecita –dijo–, no puedo más, quiero descansar un poco.

—Pero no aquí —respondió la anciana—, cuando lleguemos podréis descansar; ahora tendréis que seguir avanzando. ¡Quién sabe lo que os traerá de bueno!

El joven lo intentó, pero inútilmente: el saco se agarraba tan firmemente a su espalda como si estuviese pegado a ella. Se retorció y se revolvió, pero no pudo desembarazarse de él. Por si fuera poco, la anciana se reía, brincando alegremente sobre su bastón.

—No os enojéis, buen señor —dijo la anciana—, os ponéis colorado como un tomate. Llevad vuestra carga con paciencia, que cuando lleguemos a casa os daré una buena propina.

¿Qué otro remedio le quedaba? Tuvo que resignarse con su suerte y seguir pacientemente a la anciana. Ella parecía volverse cada vez más ágil, y a él la carga se le hacía cada vez más pesada. De repente, la anciana dio un brinco, saltó sobre el saco y se sentó encima; y, aunque era tan delgada como un espárrago, pesaba más que la más corpulenta moza campesina. Al joven le temblaban las piernas, pero cuando no avanzaba la anciana le azotaba las piernas con una vara y con ortigas. Sin parar de lamentarse, subió por las montañas y llegó finalmente a la casa de la anciana, justo cuando pensaba tirarse al suelo. Cuando los gansos vieron a la anciana, se acercaron a ella saludándola con sus graznidos. Tras los gansos, con una vara en la mano, iba una mujer ya entrada en años, fornida y grandona y más fea que Picio.

Al poco tiempo de haber asumido la carga, esta le empieza a pesar. El ser humano, en la práctica del Zen, va experimentando el límite de sus fuerzas. El camino con esta carga le parece muy pesado y duro. Afecta a su respiración, que se hace difícil. Suda y quisiera sacudirse de encima aquello que en principio libre y voluntariamente ha asumido. Las piernas llegan a resentirse, cuando —en el lenguaje del cuento— la anciana salta encima del fardo que lleva a la espalda y le da con ortigas en las piernas. Jadeando y a punto de desplomarse, llega a la casa. Es todo un cuadro en pequeño de lo que puede ocurrir en la primera mitad de un *sesshin*, por ejemplo, o en determinados tramos del proceso de transformación en general.

Cuando llega a la casa, a su centro, ahí se encuentra con lo que en el fondo busca y anhela, pero tiene un aspecto más bien repelente; no aparece con su verdadera imagen. Aparecen las sombras. Ve a través de la sucia ventana de su ego encerrado en sí mismo y engreído «una hembra... más fea que Picio», dice el cuento. En otros cuentos puede tener aspecto de sapo asqueroso.

—Madre —dijo ella a la anciana—, ¿os ha ocurrido algo? Habéis tardado mucho en volver.

—Dios me libre, hijita mía —replicó la anciana—, nada malo me ha ocurrido; al

contrario: este amable señor me ha llevado la carga; imagínate, cuando me cansé me llevó a mí misma sobre sus espaldas. El camino no nos resultó largo, lo hemos hecho alegremente y nos hemos divertido mucho los dos.

Por fin la anciana saltó al suelo, descargó el saco de la espalda y los cestos de los brazos del joven, lo miró amablemente y le dijo:

—Ahora sentaos en el banco, frente a la puerta, y descansad. Os habéis ganado honradamente un premio; que también se os dará.

Luego dijo a la mujer que cuidaba los gansos:

—Entra en casa, hijita mía; no está bien que te encuentres a solas con un joven señor, que no hay que echar leña al fuego; podría enamorarse de ti.

El conde no sabía si reír o llorar. “Menudo tesorito —pensó—, ni con treinta años menos podría gustarme lo más mínimo”.

Entretanto, la anciana mimaba y acariciaba a los gansos, como si fueran niños; luego entró en la casa con su hija. El joven se echó cuan largo era en el banco, bajo un manzano silvestre. El aire era templado y benigno; alrededor se extendía una verde campiña cubierta de primaveras, tomillo y miles de otras flores; entre ellas cantaba un cristalino arroyuelo que brillaba al sol; y los blancos gansos se paseaban indolentes de un lado para otro o chapoteaban en el agua.

“Es verdaderamente un lugar encantador —dijo para sí el joven—, pero estoy tan cansado que se me cierran los ojos; voy a dormir un rato. Mientras no surja un viento que me arranque de un soplo las piernas del cuerpo... pues están más secas que una paja”.

Es como si después de muchas y duras sentadas o de una temporada difícil de lucha que ha llevado al límite a las propias fuerzas, de pronto se diera un momento de abismamiento, un tiempo de paz: «Aire templado y benigno, una campiña frondosa cubierta de primaveras, tomillo y miles de otras flores, un arroyo cristalino que brilla al sol»: un lugar encantador que invita a quedarse, a detenerse allí. Pero la anciana, que es mujer sabia, no lo permite: hay que seguir andando.

Cuando hubo dormido un rato, salió la anciana y le sacudió hasta despertarle.

—Levántate —dijo—, aquí no puedes quedarte. Cierto es que te he molestado bastante, pero tampoco te ha costado la vida. Ahora voy a darte un premio; dineros y bienes no necesitas: aquí tienes otra cosa.

Y diciendo esto le puso en la mano un cofrecillo que estaba tallado en una sola esmeralda.

—Consérvalo bien —añadió—, te traerá suerte.

El conde se incorporó, y como se sentía de nuevo con fuerzas y completamente despejado, dio las gracias a la anciana por su regalo y se puso en camino, sin dirigir ni una mirada a la hija. Cuando había caminado un buen trecho, oyó todavía a lo lejos el alegre graznar de los gansos.

Algo importante ha tenido lugar, una purificación, insinuada por los gansos blancos que se limpian en el agua cristalina del arroyo. Se ha recuperado por primera vez la blancura original del propio ser, sin color, vacío para los sentidos. Es un tesoro de incalculable valor, pero todavía, cual cofrecillo cerrado, una promesa nada más, no la plenitud. Así es un primer *ken-sho*, un primer momento de despertar; es importante, pero solo es el principio, como quien se asoma por el resquicio de una puerta, pero aún no ha pasado adentro.

Aquí empieza la segunda parte del cuento, que es siempre la etapa más difícil y arriesgada. Hay que entrar de nuevo en el bosque y pasar allí todo el tiempo que haga falta, los “tres días” de los cuentos.

El conde anduvo errante durante tres días por la espesura antes de lograr salir del bosque. Llegó entonces a una gran ciudad; y como nadie lo conocía, le llevaron al palacio real a ver al rey y a la reina, que estaban sentados en el trono. El conde se arrodilló, sacó del bolsillo el cofrecillo de esmeralda y lo puso a los pies de la reina. Ella le ordenó que se levantara y que le alcanzase el cofrecillo. Pero cuando la reina lo hubo abierto y mirado su interior, cayó al instante como muerta al suelo. El conde fue detenido por los servidores del rey, y ya iba a ser conducido a prisión cuando la reina abrió los ojos y mandó que lo soltaran y que todos salieran de allí, pues quería hablar a solas con él.

En el camino siempre llega un momento en que se roza la muerte, parece que se pierde todo, incluso lo alcanzado anteriormente. En este caso, el regalo mismo es causa de la desgracia. Pero solo en apariencia.

Cuando se hubieron ido todos, la reina comenzó a llorar amargamente y dijo:

—De qué me sirven el esplendor y la gloria que me rodean si cada mañana me levanto preocupada y afligida. Tuve tres hijas: la menor era tan hermosa que a todo el mundo le parecía un milagro. Era tan blanca como la nieve, tan sonrosada como un botón de manzana y sus cabellos relucían como rayos de sol. Cuando lloraba, en vez de lágrimas caían de sus ojos perlas y piedras preciosas. Cuando cumplió quince años, el rey mandó comparecer ante su trono a las tres hermanas. Teníais que haber visto cómo miraban las

gentes; era como si saliera el sol. El rey dijo: “Hijas mías, como no sé cuánto tiempo me queda de vida, quiero decidir hoy lo que recibiréis cada una después de mi muerte. Todas me queréis, pero la que me quiera más recibirá lo mejor”. Cada una afirmó ser la que más le quería. “¿Me podéis decir –repuso el rey– como qué me queréis? Así sabré con qué me comparáis”. La mayor dijo: “Quiero a mi padre tanto como al más dulce azúcar”. La segunda: “Quiero a mi padre tanto como a mi mejor traje”. Pero la menor permaneció callada. Entonces le preguntó el padre: “¿Y tú, niña querida, tú como qué me quieres?” “No lo sé –respondió–, no puedo comparar mi cariño por ti con nada”. Pero el padre insistió para que dijera alguna cosa. Al fin ella dijo: “La mejor de las comidas no me gusta sin sal, por eso quiero a mi padre como a la sal”. Cuando el rey oyó esto, se enfadó y dijo: “Si me quieres tanto como la sal, con sal será correspondido tu amor”. Entonces mandó dividir el reino entre las dos hermanas mayores, y atar a la menor un saco de sal a la espalda y que dos siervos la llevaran al bosque salvaje. Todos rogamos por ella, pero no hubo forma de aplacar la ira del rey. ¡Cómo lloraba cuando tuvo que dejarnos! Todo el camino quedó regado con las perlas que manaban de sus ojos. El rey se arrepintió muy pronto de su gran dureza y mandó buscar a la pobre niña por todo el bosque, pero nadie logró encontrarla. Cuando pienso que tal vez ha sido devorada por las fieras, no puedo soportar la tristeza; a veces me consuela la esperanza de que todavía esté viva, escondida en una cueva o acogida por gente piadosa. Cuando abrí vuestro cofrecillo de esmeralda vi dentro una perla, precisamente como las que lloraba mi hija; ya os podréis imaginar cuánto me conmovió verla. Tenéis que decirme cómo la habéis conseguido.

El cofrecillo cerrado de la anciana contenía una perla que era una lágrima de la princesa. Ella, hija de rey y reina, es nuestra naturaleza esencial: blanca como la nieve, es decir, sin forma ni color, a la vez roja, es decir, color, miles de formas diferentes y radiantes, como el sol, que es bueno para todos. La princesa es *san-bo*, triple tesoro. Cuando ella llora, sus lágrimas son perlas preciosas. Se cuenta que una mujer anciana, discípula iluminada de Hakuin Zenji, lloró mucho cuando murió su nieta predilecta. Cuando alguien se lo reprochó diciendo cómo ella, que había avanzado mucho en el camino, aún lloraba, le contestó: «Boba, cada una de mis lágrimas refleja la luz de la luna».

En este camino hay otras lágrimas que anuncian la cercanía de lo que se busca. Aparecen sin saber muy bien por qué. Un ermitaño de los primeros siglos del cristianismo decía que estas lágrimas son como cuando una mujer rompe aguas: anuncian un nuevo nacimiento.

En este cuento de la “pastora junto al manantial” se narra ahora, en medio del cuento,

en lugar de al principio, como suele ocurrir en muchas otras ocasiones, el porqué de la pérdida del contacto con nuestra naturaleza verdadera. El rey se había sentido herido en su amor propio al decir su hija menor, la que más lo quería y que, por lo mismo, no encontraba palabras para expresar su cariño, que lo quería como a la sal. Con una carga pesada, un saco lleno de sal, tuvo que entrar en el bosque salvaje y fue desheredada. Por todo el camino cayeron lágrimas convertidas en perlas, un mar de lágrimas, perlas, frutos de la mar, como la sal.

Para volver a encontrar su verdadera naturaleza, el ser humano, el joven conde, tiene que cargar a su vez con una pesada carga. Pero la salvación se acerca. Justo cuando la dificultad llega a su punto culminante, rozando incluso el peligro de muerte, la salvación está cerca.

El joven conde contó que había recibido la perla de una anciana del bosque que le había parecido muy extraña, que casi seguro era una bruja; pero que de su hija nada había visto ni oído. El rey y la reina decidieron partir en busca de la anciana; pues pensaron que quien tuviese las perlas quizá tendría también noticias de su hija.

Aquí el cuento da un salto y nos traslada a la casita de la anciana para contar lo que ocurre allí mientras el rey y la reina, junto con el joven conde, se ponen en camino para buscar a la princesa.

La anciana estaba dentro de la casa hilando en la rueca. Ya había oscurecido y un madero ardía en el hogar, iluminando con pálida luz. De repente se oyó la algarabía de los gansos, que venían del prado lanzando sus roncosp graznidos. Tras ellos llegó la hija. Pero la anciana apenas la hizo caso, y se limitó a mover un poco la cabeza. La hija se sentó a su lado, tomó su rueca y torció el hilo con la agilidad de una jovencita. Así estuvieron durante dos horas, sin intercambiar palabra. Luego se oyó algo tras la ventana y dos ojos de fuego se asomaron por ella. Era un viejo búho que gritaba por tres veces “uhu”. La anciana apenas levantó la cabeza diciendo:

—Ya es hora, hijita, de que salieras; haz tu labor.

La hija se levantó y se fue. ¿Adónde? Atravesó la campiña y se internó en el bosque. Finalmente llegó a un claro donde un manantial brotaba bajo tres encinas. Entretanto, la luna, redonda y grande, se había alzado tras las montañas, y daba tanta luz que se hubiese podido encontrar una aguja en un pajar. Entonces se arrancó una piel que tenía pegada al rostro, se inclinó sobre el manantial y comenzó a lavarse. Cuando terminó, metió también la piel en el agua y luego la puso en el suelo para que empalideciera secándose a la luz de la luna. Pero, ¡cómo se había transformado la mujerona! ¡Algo

como nunca se había visto! Al caer al suelo la trenza gris, quedaron sueltos sus cabellos dorados como rayos de sol, tan largos que cubrieron su cuerpo como un abrigo. Los ojos relucían y brillaban como estrellas del cielo, y las mejillas lucían como el sonrosado terciopelo de los botones del manzano.

Pero la hermosa joven estaba triste. Se sentó y lloró amargamente. Lágrima tras lágrima fueron brotando de sus ojos y se deslizaron por entre los largos cabellos hasta el suelo. Así estaba y así hubiese estado mucho más tiempo si no hubiera oído crujir las ramas de un árbol próximo. Saltó como un gamo al escuchar los disparos del cazador. La luna se había ocultado en ese momento tras una negra nube; la joven se cubrió inmediatamente con su vieja piel y desapareció como una chispa cuando el viento la arrastra.

Temblando como una hoja corrió a la casa. Encontró a la anciana en la puerta y le quiso contar lo que le había sucedido, pero la anciana sonrió amablemente y dijo:

—Ya lo sé todo.

La anciana y la hija hilando son la imagen de la vida que va pasando. En medio de la noche, de oscuridades y dolores, tiene lugar la purificación: lavarse en un manantial que está en un claro del bosque. Allí, de repente, hay un momento en que la luna aparece tras las nubes y lo ilumina todo. Se manifiesta por un momento el verdadero rostro de la princesa. La de la pastora fea es solo una apariencia engañosa. Pero luego todo vuelve a la situación anterior. Aún no se ha recuperado el verdadero ser de una forma definitiva. La pastora vuelve a casa de la anciana, la mujer sabia, que sabe lo que ha pasado sin que la pastora se lo tenga que explicar.

La anciana hizo entrar a la pastora y encendió otro madero. Pero no se puso de nuevo a hilar, sino que tomó una escoba y comenzó a barrer.

—Todo ha de quedar bien limpio —dijo a la joven.

—Pero madre —dijo la joven—, ¿por qué os ponéis a hacer la limpieza a estas horas?

—¿Sabes cuál es? —preguntó la anciana.

—Todavía no es medianoche —respondió la joven—, pero ya dieron las once, ¿no?

—¿No recuerdas —prosiguió la anciana— que llegaste aquí hace hoy exactamente tres años? Se cumplió tu plazo y no podemos seguir viviendo juntas durante más tiempo.

La joven se asustó y dijo:

—¡Ay!, querida madre, ¿queréis echarme? ¿podré ir? No tengo amigos ni una patria a la que dirigirme. Hice todo cuanto me pedisteis y siempre habéis estado contenta de mí; no me apartéis de vuestro lado.

La anciana no quiso decir a la joven lo que iba a suceder.

—No puedo quedarme aquí mucho más —le dijo—, pero, antes de irme, la casa ha de quedar limpia; por eso no debes interrumpir mi trabajo. No te preocupes por ti; encontrarás un techo bajo el que vivir, y la recompensa que te daré te dejará satisfecha.

—Pero decidme al menos qué va a pasar —suplicó la chica.

—Te lo repito, no me interrumpas en mi trabajo. No pronuncies ni una palabra más, vete a tu alcoba, quítate la piel del rostro y ponte el vestido de seda que llevabas cuando me encontraste; y luego espera allí hasta que yo te llame.

Sigue la limpieza, la purificación en la casa, que es la psique, el alma, habitada aún por sombras y nubes que ocultan su verdadero rostro. Pero ya se acerca el final. “Tres años” son todos los años que hacen falta para que la transformación llegue a ser total. Es también el tiempo que estuvo la joven de otro cuento con Doña Ínferos. Pero así como en este último cuento la joven desea volver a casa de su madrastra y hermanastra, a pesar de que la maltrataban, en el cuento de la pastora junto al manantial la joven se asusta ante la idea de tener que irse. No sabe Adónde ir. Se siente extraña, como alguien sin patria. La anciana, que es la sabiduría inherente al ser humano, sin embargo le da ánimos y la llena de confianza.

Mientras tanto, el rey y la reina habían proseguido en la búsqueda de su hija. Para ello habían salido con el conde en busca de la anciana. Por la noche en el bosque, el conde se había extraviado y los había perdido de vista. Así que tuvo que continuar solo. Al día siguiente le pareció que iba por buen camino. Siguió su marcha hasta que oscureció, y entonces trepó a un árbol para pasar allí la noche, pues temía perderse. Cuando la luna iluminó el lugar, divisó una figura que bajaba por la montaña. No llevaba una vara en la mano, pero reconoció a la mujer que cuidaba a los gansos, la misma que viera en casa de la anciana.

“¡Hola! —se dijo—. Ahí viene. Cogiendo a una de las brujas no se me escapará la otra”. Mas, cuál no sería su sorpresa al ver cómo la mujer se acercaba al manantial, se quitaba la piel y se bañaba, y sus dorados cabellos le caían sobre los hombros, convirtiéndose en el ser más hermoso que nunca había visto. Apenas se atrevía a respirar, pero asomó la cabeza tanto como pudo entre el follaje y la miró atentamente. Bien porque se había estirado demasiado, bien por otras razones, el caso es que una rama crujió de repente; en ese mismo instante se cubrió la joven con la piel y saltó como un gamo; y como la luna se oscureció al mismo tiempo, no pudo seguir viéndola.

El ser humano, en busca de su propio ser, la princesa, acompañado y asistido por el rey y la reina, que le han dado la vida, llega a “ver” durante un momento. Ocurre

inesperadamente, al correrse el velo de las nubes que tapaban la luna, pero en el momento en que el hombre se mueve un poco e interfiere, desaparece todo. Sin embargo, la situación a partir de este momento ha cambiado radicalmente: sabe de la existencia de la joven, que es su verdadera naturaleza, su alma, aunque no la siga viendo. Más decidido que nunca, ahora va tras ella.

Apenas había desaparecido y ya el conde bajaba del árbol y la seguía a buen paso. No había caminado mucho cuando entrevió en la oscuridad dos figuras deslizándose por la campiña. Eran el rey y la reina, que habían visto a lo lejos la luz de la casa de la anciana y se encaminaban hacia allá. El conde les contó las cosas asombrosas que viera en el manantial, y ellos comprendieron que se trataba de su hija desaparecida. Llenos de alegría siguieron caminando y pronto llegaron a la casita.

Los gansos dormían junto a la casa con la cabeza metida bajo las alas, y ninguno de ellos se movió. Miraron por la ventana; dentro estaba la anciana sentada hilando a la rueca con la cabeza gacha y sin mirar en torno suyo. La habitación estaba muy limpia, como si viviesen en ella los pequeños hombrecillos de la niebla, que no llevan polvo en sus zapatos. Pero no vieron a su hija. Estuvieron mirando un rato, hasta que cobraron ánimos y tocaron suavemente en la ventana. La anciana parecía esperarles, porque se levantó y les dijo amablemente:

—Pasad, pasad, que ya sé quiénes sois.

Cuando entraron dijo la anciana:

—Os hubierais ahorrado tan largo viaje si no hubierais expulsado injustamente hace tres años a vuestra hija, que es tan buena y cariñosa. A ella no le vino mal; durante tres años ha tenido que cuidar de mis gansos; nada malo ha aprendido, sino que ha conservado puro su corazón. Y en cuanto a vosotros, con la angustia en que habéis vivido, ya recibisteis con creces vuestro castigo.

Luego fue a la alcoba y dijo:

—Sal, hijita mía.

La casa del inconsciente está ya muy limpia, pero aún no se “ve”. Miran desde fuera hacia adentro, como quien, sentado en *za-zen*, se recoge hacia adentro, pero no ve nada. Entonces tocan en la ventana, “suavemente”, como se hace en el Zen Soto, simplemente sentándose. En el Zen de la línea Rinzai sería golpeando fuertemente la puerta.

Entonces, respondiendo a la llamada de la sabiduría innata —la anciana—, la puerta de la alcoba interior se abre y sale la princesa. ¿Cómo no recordar aquí la “morada séptima”, la más interior, el centro del alma, de santa Teresa?

La puerta se abrió y apareció la princesa con su vestido de seda, sus dorados cabellos y sus relucientes ojos, y fue como si un ángel bajara del cielo.

Corrió junto a sus padres, los abrazó y los besó. Todos se echaron a llorar de alegría. El joven conde estaba a su lado, y cuando lo miró se puso colorada como una rosa; ella misma no sabía por qué. El rey dijo:

—Querida hija, ya regalé mi reino, ¿qué puedo darte a ti?

—Nada necesita —dijo la anciana—, yo le regalaré las lágrimas que lloró por vosotros; son perlas tan hermosas que superan a las del mar y tienen más valor que vuestro reino. Además, como recompensa por sus servicios le dejaré mi casita.

Y diciendo esto, la anciana desapareció ante los ojos de todos ellos. Se oyeron ruidos en las paredes, y luego, cuando miraron en torno suyo, vieron que la casa se había convertido en un espléndido palacio; una mesa real estaba servida y los criados iban de acá para allá.

Al recobrar su “alma”, el ser humano adquiere un reino que no es “de este mundo”. Tiene aspecto de casita pequeña, pero en realidad es un palacio. El hombre es palacio y templo de Dios. El reino del cielo está dentro de nosotros, como dice el evangelio, la Buena Noticia. Allí hay alegría a la que nada —ni el dolor— puede hacer desaparecer. Allí el ser humano recobra su unidad original, significada por una boda, porque

... la historia continúa —dicen los hermanos Grimm—, pero a mi abuela, la que me la contó, le empezaba a fallar la memoria y se había olvidado del resto. Yo estoy convencido de que la hermosa princesa se casó con el conde y se quedó con él en el palacio, donde vivieron felices hasta que Dios quiso. No sé si los blancos gansos que había en la casita serían en realidad muchachas —nadie podrá enfadarse por ello— que la anciana había tomado bajo su protección, como tampoco sé si recobraron luego su figura humana y se quedaron para servir a la joven reina; pero me lo imagino. Algo sí sé de cierto, y es que la anciana no era una bruja, como pensaba la gente, sino un hada de buenas intenciones. Tal vez fue ella la que otorgó a la princesa, al nacer, la gracia de llorar perlas en vez de lágrimas.

LAS TRES PLUMAS

BAJAR PARA SUBIR



Había una vez un rey que envió a sus tres hijos al mundo. El que volviera con el hilo de lino más fino heredaría el reino después de su muerte.

Así empieza uno de los cuentos que tienen por protagonista a un “ingenuo”. Como ocurre tantas veces, al comienzo del cuento se habla de lo que el ser humano es por naturaleza y en esencia: algo muy noble y libre, un rey. Este es el padre de tres hijos, es decir, la naturaleza esencial es la fuente, la raíz de tres potencias que nacen de ella, la inteligencia, la voluntad y una tercera mucho menos deslumbradora, un “no saber sabiendo”, representada en el cuento por el hijo considerado ingenuo.

Estos hijos, la inteligencia, la voluntad y el “no-saber”, han de salir al mundo, han de manifestarse actuando. Se trata de ver cuál de ellos va a ser capaz de traer el hilo de lino más fino; en otras palabras, cuál de ellos va a conseguir dar con la verdadera vida, pues el hilo de lino, blanco, significa vida esencial, pura.

Quien lo consiga heredará el reino, ese reino de Dios que está dentro del ser humano, en su más profundo centro.

Para que los príncipes supieran hacia dónde dirigirse –sigue contando el cuento–, el rey se colocó delante de su palacio y sopló tres plumas al aire. Su vuelo debía marcarles la dirección que tenían que emprender.

La primera pluma voló hacia Occidente, y la siguió el hijo mayor. La segunda, a Oriente, y la siguió el segundo. La tercera, sin embargo, cayó allí mismo, sobre una piedra, cerca del palacio. De modo que el tercer príncipe, el ingenuo, tuvo que quedarse, mientras los otros dos marchaban riéndose y diciendo en tono burlón:

–Anda, busca el hilo de lino allí, junto a la piedra.

La inteligencia y la voluntad buscan afuera. Hay quienes, persiguiendo lo esencial, tratan de encontrarlo en los libros de filosofía en Occidente o mediante disciplinas ascéticas en Oriente. Y aunque lo uno y lo otro tiene indudablemente su valor a los ojos de los entendidos, hay un camino insospechado que va más allá o más adentro.

El ingenuo se sentó en la piedra y se puso a llorar. Al moverse de un lado para otro, la piedra se desplazó, y apareció debajo de ella una placa de mármol con un anillo.

Allí mismo, sin ir a ninguna parte, estaba la promesa de la libertad, simbolizada por el anillo. En la antigua Roma solo podían llevar anillo los ciudadanos libres, pero nunca un

esclavo.

El ingenuo levantó la placa de mármol y vio una escalera que conducía bajo tierra. Al descender por ella llegó a una cueva subterránea abovedada, en la que estaba una niña hilando lino. Ella le preguntó por qué tenía los ojos tan llorosos, y entonces él le contó su pena, que debía buscar el hilo de lino más fino y, sin embargo, no podía ir a por él. Entonces la niña le entregó el huso de hilo que había estado hilando, que tenía el hilo de lino más fino, y le dijo que lo entregara a su padre.

Cuando subió de nuevo a la tierra, había transcurrido mucho tiempo. Sus hermanos ya habían vuelto y estaban seguros de haber traído el hilo de lino más fino. Pero cuando cada uno enseñó lo que había conseguido, resultó que el del ingenuo aún los superaba.

Hay un camino que no discurre fuera, que es un camino de interiorización, de abismamiento. Se trata de sentarse en silencio, muchas veces con la sensación de que no pasa nada y de que se está perdiendo el tiempo, como llorando. Pero sin saber cómo, se va descendiendo al hondón del alma, que es el lugar de donde surge la verdadera vida. Quien la encuentra sabe por propia experiencia que no tiene punto de comparación con lo que se puede sacar de libros ni de métodos, aunque estos pueden servir de orientación y pista, de apoyo. Lo esencial, sin embargo, ya no es nada de todo esto. A quien no lo conoce por experiencia le resulta muy difícil de aceptar, como se refleja a continuación en el cuento.

El reino habría sido del ingenuo, pero los dos hermanos mayores no estuvieron conformes y exigieron del rey que pusiera otra condición. Entonces el rey les pidió que trajeran la alfombra más bonita. De nuevo tomó tres plumas y las sopló al aire. La tercera volvió a caer en la piedra, por lo que el ingenuo no pudo salir a buscar, mientras los otros dos se dirigieron a Oriente y Occidente respectivamente.

El joven levantó la piedra y volvió a descender. Esta vez encontró a la niña ocupada en tejer una alfombra maravillosa de colores extraordinariamente vivos. Cuando hubo terminado, dijo:

—Está hecha para ti, súbela, nadie en el mundo tendrá una alfombra igual.

Él se presentó ante su padre y de nuevo superaba a sus hermanos, que habían traído las alfombras más bonitas de todos los países del mundo.

Si, en el primer caso, el camino de abismamiento había llevado a conectar con la verdadera vida y a empezar a *vivir* desde allí, ahora, en el segundo caso, lleva a *actuar* desde allí. Surge un hacer no haciendo que los chinos llaman *wu-wei*. Es el verdadero

hacer. El apóstol Pablo escribe en una de sus cartas: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí», y podría decir ahora: «Ya no obro yo, es Cristo quien obra en mí».

Pero el orgullo de los hermanos mayores, la arrogancia del entendimiento y la prepotencia de la voluntad, no son capaces de rendirse ante la evidencia y todavía exigen una tercera prueba.

Consiguieron convencer al rey para que estableciera una nueva condición para heredar el reino, que consistió en traer a casa la mujer más bella.

De nuevo el rey sopló las plumas al aire, y de nuevo la del ingenuo se quedó en la piedra. Entonces él descendió y se quejó a la niña de la prueba tan difícil que su padre le había impuesto. La niña, sin embargo, dijo que ya le ayudaría y que él simplemente siguiera por el pasillo abovedado, que allí encontraría a la joven más bella del mundo.

El ingenuo así lo hizo y llegó a una estancia en la que todo resplandecía del oro y las piedras preciosas que allí había, pero en el centro, en lugar de una bella mujer, estaba sentada una rana repugnante. La rana le decía:

—¡Abrázame y sumérgete!

Pero él no quiso. Entonces la rana lo llamó por segunda y tercera vez:

—¡Abrázame y sumérgete!

Por fin el ingenuo tomó a la rana, la subió a un estanque y saltó con ella adentro. Apenas el agua los hubo rozado, se encontró con que sostenía entre sus brazos a la joven más bella del mundo. Salieron del agua y la condujo a su padre. Resultó ser mil veces más bella que las mujeres que los otros príncipes habían traído.

Se trata de la tercera etapa en el camino. No solo echar raíces en la fuente de la verdadera vida, no solo actuar de una manera nueva desde ahí, sino llegar a *ser* enteramente quien en el fondo se es desde siempre. Esto implica una transformación de toda la persona. Para que se pueda dar hace falta “abrazar” a la propia sombra, es decir, hace falta una purificación profunda en la que salen a la luz todas las debilidades, que de esta forma se van curando. Quien las ignora o reprime, no queriéndolas admitir, hace como el joven del cuento, que primero se resiste a abrazar a la rana, hasta que por fin, a la tercera, es decir, cuando la resistencia se ha vencido, se decide a hacerle caso.

Sumergirse en el agua de la vida abrazándose a la rana es una imagen muy elocuente de una ley de vida: para vivir hay que morir. Hay que descender a las aguas del bautismo para resucitar a una vida nueva.

Todo este cuento es un continuo bajar para subir.

Entonces, una vez más, el reino habría sido para el ingenuo, pero los dos hermanos

armaron un gran escándalo y exigieron que tuviera preferencia aquel cuya mujer fuera capaz de saltar hasta un aro colgado del techo en el centro de la sala. Por fin el rey aún accedió a esta demanda.

La mujer del mayor apenas llegó a media altura; la mujer del segundo saltó algo más arriba, mientras que la mujer del tercero saltó hasta dentro del aro. Entonces, por fin, tuvieron que consentir con que el ingenuo heredara el reino después de la muerte de su padre. Cuando este murió, el hermano al que llamaban ingenuo se convirtió en rey y gobernó mucho tiempo con gran sabiduría.

La protesta y la burla del entendimiento y de la voluntad persisten a pesar de haber visto ya por tres veces que hay otro camino que lleva más allá. Pero al final se rinden a la evidencia. La gran libertad, el salto por el anillo o aro, se consigue por el camino de la transformación interior, y no a través de recursos externos. En esto consiste el reino de los cielos, que está dentro y no hay que buscarlo fuera, y que implica una gran libertad.

*Si a la Soterraña vas,
ve, que la Virgen te espera,
que por esta su escalera
quien más baja sube más.
Pon de silencio el compás
a lo que vayas pensando.
Baja y subirás volando
al cielo de tu consuelo
que para subir al cielo
se sube siempre bajando.*

Iglesia de San Vicente, Ávila.

EL DEMONIO DE LOS TRES PELOS DE ORO

ENCONTRAR LA FELICIDAD PASANDO POR UN
INFIERNO



Un leñador estaba cortando leña delante del palacio del rey, y arriba, desde una ventana, lo estaba observando la princesa. Cuando llegó el mediodía, se sentó a la sombra para descansar un poco. Entonces la princesa vio que era muy hermoso, se enamoró de él y lo hizo llamar. Cuando subió y vio a la princesa, impresionado por su belleza, el leñador, a su vez, se enamoró de ella. El rey se enteró de que su hija amaba a un leñador y fue a hablar con ella:

—Sabes que será tu esposo quien consiga traer los tres pelos de oro que el demonio lleva en la cabeza, sea príncipe o leñador.

Y pensaba para sí: “Si ningún príncipe ha tenido el valor suficiente para conseguirlo, menos lo podrá lograr un simple leñador”.

La princesa se entristeció, porque ya habían muerto muchos príncipes que quisieron ir a buscar los tres pelos de oro del demonio. Pero como no hubo más remedio, le contó al leñador lo que le había dicho su padre. El leñador no se entristeció lo más mínimo, y dijo:

—Voy a conseguirlo. Espérame y sigue siéndome fiel. Mañana por la mañana voy a salir.

En el fondo, el ser humano es de estirpe real, como dice el apóstol Pedro en su primera carta, pero de hecho se parece a un simple leñador. Viva y trabaje en el patio del palacio real, tendrá que recorrer un largo camino para llegar a ser lo que en el fondo es. Le llevará a ello el amor a la princesa, con la que se ha comprometido, la luz del alma. Movidio por este anhelo de amor se pone en camino.

Tendrá que vérselas con el demonio. Tendrá que penetrar en el infierno, en el subconsciente, afrontar la sombra. Allí, en lo más opuesto a la nobleza regia, se encuentran sorprendentemente los tres pelos de oro, que significan realeza. La sombra es la luz en la forma del árbol que está delante. No hay otro camino para conseguir casarse con la princesa y llegar a ser rey. Quien dé la espalda a la sombra no puede encontrar la luz.

Así pues, el leñador emprendió el camino hacia el demonio.

Al poco tiempo llegó a una gran ciudad. El hombre que vigilaba la puerta de la ciudad le preguntó cuál era su oficio y qué conocimientos tenía.

–Lo sé todo –contestó.

–Si lo sabes todo –dijo el vigilante–, cura a nuestra princesa, que ningún médico es capaz de curar.

–A la vuelta.

En la segunda ciudad también le preguntaron qué sabía.

–Lo sé todo.

–Entonces dinos por qué el magnífico pozo de nuestro mercado se ha secado.

–Cuando vuelva –dijo el leñador, y no se entretuvo.

Más tarde llegó a donde había una higuera que se estaba secando. Junto a ella estaba un hombre que le preguntó qué sabía.

–Lo sé todo.

–Entonces dime por qué la higuera se está secando y no tiene frutos.

–Cuando vuelva.

Siguió su camino y se encontró con un barquero que lo llevó a la otra orilla del río. Este también le preguntó qué sabía.

–Lo sé todo.

–Dime entonces cuándo me relevarán por fin y será otro quien pase la gente a la otra orilla.

–Cuando vuelva.

El hombre sigue derecho por su camino, sin dejarse entretener por nada, ni siquiera por lo aparentemente bueno. Es la actitud necesaria de quien emprende el camino con firme determinación. En su momento atenderá las demandas, pero no es momento, por ejemplo cuando uno se sienta en silencio para recogerse y asentarse en el hondón del alma. Como no es momento de trabajar o de leer o de cualquier otra actividad, por buena que sea, cuando uno se dispone a descansar. Solo durmiendo las horas necesarias se estará en condiciones de responder bien a las exigencias del día siguiente.

En este camino hacia lo hondo, camino de abismamiento, al ser humano se le cae lo artificial y toma conciencia de manera clara de que no vive de verdad –la princesa está enferma–, que la auténtica fuente interior de vitalidad le está fallando –el pozo está seco–, que su vida está falta de buenos frutos –la higuera se está secando–, que vive con agobio y no es verdaderamente libre –el barquero atado a una obligación–.

Ahora se trata de seguir adelante, con más determinación si cabe.

Cuando el leñador se encontró en la otra orilla, enseguida fue a parar al infierno. Allí todo estaba negro y lleno de hollín. Sin embargo, el demonio no estaba en casa, solo su mujer, que estaba allí sentada. El leñador le dijo:

–Buenos días, señora del demonio, he venido porque quiero tener los tres pelos de oro que su marido lleva en la cabeza. Además quiero saber por qué no pueden curar a una princesa, por qué el pozo profundo de la plaza del mercado de una ciudad no mana agua, por qué una higuera no tiene frutos y por qué un barquero no encuentra relevo.

Un camino de contemplación y transformación no puede ser egocéntrico. Redunda en el bien de los demás. Esta es su señal de autenticidad. Pero no es fácil conseguirlo, porque implica jugarse de alguna manera la propia vida. Siempre, en algún momento se roza el miedo a la muerte.

La mujer se asustó y dijo:

–Si el demonio llega y te encuentra aquí, enseguida te engullirá; los tres pelos de oro nunca los vas a conseguir. Pero como aún eres tan joven, me das pena y voy a ver si te puedo salvar.

El leñador tuvo que meterse debajo de la cama y, apenas llevaba ahí un rato, cuando el demonio volvió a casa.

–Buenas noches, mujer –la saludó y se empezó a desnudar. Luego dijo:

–Estoy oliendo carne humana. Voy a mirar a ver.

–¡Qué vas a oler! –dijo la mujer–. Estás acatarrado y entonces siempre llevas el olor de carne humana en la nariz; no me lo revuelvas todo, que acabo de barrer.

–Bueno, me quedaré quieto, estoy cansado esta noche, pero lo que pasa es que no me consientes el bocado que me llevo a la boca.

En los cuentos, una y otra vez, se hace ver que hay situaciones que no se pueden abordar de frente con las meras fuerzas con las que se afrontan otro tipo de cuestiones de la vida cotidiana. Hace falta “otra fuerza”, la fuerza que obra en el débil, el pequeño, que en los cuentos aparece muchas veces en forma de ingenio. Procede de los “ínferos”, supera las capacidades que se pueden desarrollar conscientemente. Es el caso también aquí, en que interviene la mujer del demonio, que es buena.

El demonio se metió en la cama y su mujer se tuvo que acostar con él. Enseguida se durmió. Al principio resoplaba, luego empezó a roncar; primero suavemente, luego con tanta fuerza que empezaron a temblar las ventanas. Cuando la mujer vio que estaba profundamente dormido, agarró uno de los tres pelos de oro, tiró de él y se lo echó al leñador debajo de la cama. El demonio gritó:

–¿Qué te propones, mujer, por qué me agarras?

–¡Ay!, tuve una pesadilla y lo debo de haber hecho por miedo.

—¿Qué has soñado?

—He soñado con una princesa que estaba muriéndose y no había ningún médico en el mundo capaz de curarla.

—¿Por qué no quitarán el sapo blanco que se ha metido debajo de su cama?

Y dicho esto se dio la vuelta y se volvió a dormir.

El hombre ha conseguido algo de oro, ha dado inicialmente con el tesoro interior, que es algo invisible, sin forma ni color, blanco. Pero eso no es suficiente. Es como haber conseguido una blancura que produce enfermedad si uno no sigue. El maestro Zen chino Unmon (864-949) habla de varios tipos de enfermedades. La primera consiste en «ver cosas delante, objetos», no ver lo esencial, sino solo la superficie. La segunda enfermedad consiste en «ver como en una nebulosa». Es el caso de la persona que ha percibido algo de lo que no percibe el ojo de la cara ni el de la razón, pero que se queda colgada ahí y no ve a la vez el mundo de las diferencias. Una persona así es inútil, porque no ve la necesidad del otro, no distingue a quien tiene hambre o necesita vestido. En el cuento sería el sapo blanco. Tiene que haber una mayor transformación todavía, un proceso simbolizado muchas veces por una rana o un sapo debido a sus estadios evolutivos.

Cuando su mujer oyó cómo roncaba de nuevo, agarró el segundo pelo, tiró de él y se lo echó al leñador debajo de la cama. El demonio se incorporó:

—¡Ay! Que se te lleven los... ¿te has vuelto loca? Me estás tirando horriblemente de los pelos.

—Ay, querido marido, estaba delante de un pozo, la gente se estaba lamentando porque no había agua y me preguntaron si no podía ayudarles. Entonces me asomé y era tan profundo que me mareé, me quise coger de algo y pillé tus pelos.

—Tenías que haberles dicho simplemente que retiraran la piedra blanca que está al fondo, pero déjame en paz con tus sueños.

Se volvió a tumbar y al poco roncaba otra vez tan terriblemente como antes.

Conseguir un pelo de oro o dos o tres, haber visto un momento la luz esencial o dos o tres veces no convierte a nadie en persona iluminada. Es algo muy diferente haber tenido experiencias de iluminación a ser una persona iluminada, una persona transformada por la luz del alma que la ha impregnado completamente. Una y otra vez hay que dejar atrás el “oro”, pues el oro, por muy puro que sea, metido en el ojo es polvo que impide ver. O una piedra blanca que impide que el agua de la vida fluya libremente.

La mujer pensó: “Te tienes que atrever una vez más”, y le arrancó también el tercer pelo de oro para echarlo debajo de la cama. El demonio se levantó y quiso ponerse fiero, pero la mujer lo apaciguó, lo besó y dijo:

—¡Qué malos son estos sueños! Un hombre me enseñó una higuera que estaba secándose. Se estaba quejando de que no tenía frutos. Entonces quise sacudir el árbol, a ver si caía alguno, pero pillé tus pelos.

—Además no habría servido para nada. Hay un ratón que está royendo la raíz. Si no lo matan, el árbol se perderá; en cambio, si el ratón muere, el árbol reverdecerá y dará frutos. Pero deja ya de darme la lata con tus sueños, quiero dormir, y si me despiertas una vez más, te va a caer una buena.

Ahora ya no es una piedra dura la que impide que fluya la vida. Ahora se trata de un ratón blanco que roe las raíces del árbol. Estar atrapado en el oro, en lo sin color o blanco, destruye la vida, impide una acción fecunda en medio del mundo. En el momento en que uno suelta lo más valioso y muere, encuentra la vida. Hay que morir a Dios para encontrar a Dios, decía el Maestro Eckhart. Todo aquello a que podemos morir nunca será Dios, sino una imagen a nuestra medida.

La mujer temía la ira del demonio, pero el pobre leñador necesitaba saber una cosa más, y solo podía saberla el demonio. Entonces ella tiró de su nariz y lo levantó. El demonio se incorporó fuera de sí y le dio una sonada paliza. La mujer se puso a llorar diciendo:

—¿Quieres que me caiga al agua? Un barquero me trasladó por el río y, cuando la barca llegó a la otra orilla, hubo una sacudida. Tuve miedo de caer y me quise agarrar del palo que sujeta la cadena, pero agarré tu nariz.

—¿Por qué no tuviste cuidado? Siempre le pasa eso a la barca.

—El barquero se estaba lamentando de que no venía nadie a relevarle y que su trabajo parecía interminable.

—Ha de retener al primero que llegue —dijo el demonio— para que lleve la barca hasta que venga un tercero que a su vez le vuelva a relevar. De esta manera se librará. Pero ciertamente estás soñando cosas curiosas, porque lo del barquero es verdad y todo lo demás también. Pero ya está bien, no me vuelvas a despertar, pronto amanecerá y aún quiero dormir algo. De lo contrario lo vas a pasar mal.

La piedra se transformó en ratón y ahora se ha transformado en un ser humano. Hay una humanización progresiva. El sapo pronosticaba la transformación. El hombre está en condiciones para afrontar desde lo hondo del corazón, provisto de los tres pelos de oro,

las tareas que le esperan.

Como suele ocurrir en la mayoría de los cuentos, ahora viene una segunda parte en que habrá que actualizar lo conseguido.

Una vez el leñador hubo oído todo y el demonio volvió a roncar, se despidió de la mujer del demonio agradeciéndole lo que había hecho, y emprendió el camino de vuelta.

Cuando se encontró con el barquero, este quiso que le informara.

—Primero trasládame.

En la otra orilla le dijo:

—Al primero que quiera ser trasladado, retenle para que se encargue del oficio hasta que le releve otro.

Luego se encontró con el dueño de la higuera estéril, y le dijo:

—Mata al ratón blanco que roe las raíces y verás cómo el árbol vuelve a dar frutos como antaño.

—¿Que pides en recompensa? —preguntó el hombre.

—Un regimiento de infantería.

Apenas lo hubo dicho, le empezó a seguir un regimiento de infantería.

El leñador pensó: “Esto va bien”. Y en eso llegó a la ciudad en que se había secado el pozo de la plaza del mercado.

—Sacad la piedra blanca que está en el fondo.

Entonces alguien bajó al fondo para sacar la piedra, y apenas hubo llegado arriba, el pozo se volvió a llenar de agua cristalina.

—¿Cómo te lo pagaremos? —preguntó el alcalde.

—Entregadme un regimiento de caballería.

Cuando el leñador salió por la puerta de la ciudad, también le seguía un regimiento de caballería.

Luego llegó a la otra ciudad, donde yacía enferma la princesa y nadie podía curar.

—Matad el sapo blanco que está escondido debajo de la cama.

Y, en cuanto lo hicieron, la princesa empezó a recuperarse y a recobrar el color.

—¿Qué quieres en recompensa? —preguntó el rey.

—Cuatro carros cargados de oro —dijo el leñador.

Abordar las tareas en el mundo, si esto se hace desde el hondón del alma, intensifica la maduración. El hombre adquiere una fortaleza y un poder muy grandes: regimientos de infantería y de caballería. Lo importante ahora es que los use bien, de lo contrario podría hacer mucho daño. Por eso es tan importante que un camino contemplativo discurra dentro de un marco de vida recta, superando desde la raíz los tres elementos venenosos,

formas de odio, de codicia y de orgullo. Los cuatro carros de oro del cuento indican que el hombre, que sigue siendo un sencillo leñador, en este caso se ha convertido en un enorme tesoro para los demás.

Por fin el leñador llegó a casa, seguido de un regimiento de infantería, un regimiento de caballería y cuatro carros llenos de oro. Llevaba consigo los tres pelos de oro. Hizo esperar a sus acompañantes a la entrada del recinto palaciego, pero debían entrar rápidamente si les hacía una señal desde el palacio. Luego se presentó ante el padre de su amada princesa, le entregó los tres pelos de oro del demonio y le pidió que le diera a la princesa, según lo había prometido.

El rey se quedó sorprendido, dijo que lo de los tres pelos de oro estaba bien, pero que, en cuanto a la princesa, se lo tenía que pensar. Cuando el leñador le oyó hablar así, se acercó a la ventana y silbó. De repente irrumpieron en el patio el regimiento de infantería, el regimiento de caballería y cuatro carros muy cargados.

—Señor rey —dijo el leñador—, mirad, esta es mi gente que he traído y ahí en los carros está mi riqueza; están llenos de oro: ¿vais a darme ahora a la princesa?

El rey se asustó y dijo:

—Sí, con mucho gusto.

Entonces el leñador y la princesa se casaron y vivieron muy felices.

Hasta el último momento surgen dificultades, pero por fin se celebra la boda, se produce la unificación de la persona, y el humilde leñador, fiel a la princesa, la luz del alma, se convierte en lo que desde siempre era en el fondo: rey, algo muy noble y muy libre.

Así pues —concluye el cuento—, quien no teme al demonio es capaz de arrancarle los pelos y conquistar el mundo entero.

Un reino que no es de este mundo.

MESA, PONTE; ASNO DE ORO Y PALO, SAL DEL SACO

VENCER LA MENTIRA Y VIVIR EN LA VERDAD



El ideograma chino-japonés para “mentir” es un ideograma doble. Una parte significa “hablar”, representado por el “cinco puertas” o ser humano, y una puerta –la boca– de la que sale algo. Delante de este ideograma va otro que representa el “corazón” bajo el signo de “olvidado”. Eso es mentir: decir palabras olvidadizas del corazón desconectadas del centro. Uno de los frutos de la persona que sí vive conectada a su centro es que habla desde ahí, desde la transparencia y dice la verdad.

En todas las tradiciones religiosas, “no mentir” es uno de los preceptos importantes. No atenerse a ello es errar el camino. ¿Cómo superar la mentira en uno mismo? ¿Cómo defenderse de la mentira, de la calumnia de otros? La sabiduría popular responde de la siguiente manera.

Hace tiempo había un molinero que tenía tres hijos y una única cabra. Como ella alimentaba a todos con su leche, había que darle buen forraje llevándola todos los días a pastar. Los hijos se turnaban para hacerlo.

En este caso, al principio del cuento no hay un rey, sino un padre que tiene tres hijos y una cabra. El padre es el origen, de él nacen tres: la inteligencia, la voluntad y la memoria. Son “potencias del alma” buenas. Pero también hay una cabra, que no es tan buena como se verá a continuación. Desde el principio, y muy íntimamente relacionado con el padre –sangre de su sangre–, está lo bueno y verdadero, pero también existe desde el principio, aunque no íntimamente relacionado con el padre, la cabra, la maldad en forma de mentira, que es la peor maldad. Es la encarnación del *diá-bolos*, el que separa, crea sospechas y enemistad, calumniando y engañando, directamente o bajo la apariencia de lo bueno, cubriendo su pata negra con harina blanca, como en el cuento del lobo y los siete cabritillos.

En el cuento de «Zarzarrosa», al principio, en el origen, hay doce hadas buenas que desean toda clase de bienes para la vida de la princesa recién nacida, pero también hay una que le desea la muerte.

En ambos cuentos, la bondad es algo más original y esencial al ser humano que la maldad, pero esta está ahí también desde el principio. Sorprendentemente, alimenta a la vez que amenaza la vida humana. La maldad es una fuerza, pero distorsionada y desfigurada, que necesita ser transformada e integrada para que la persona llegue a su plenitud. Esto sucede de la siguiente manera en el cuento del molinero y sus tres hijos.

Un día, el mayor de ellos la llevó a pastar al cementerio, donde había hierbas muy buenas. La dejó pastar y saltar por ahí, y al atardecer, a la hora de volver a casa, le preguntó:

—Cabra, ¿estás harta?

A lo que la cabra contestó:

—Estoy tan harta, tan harta,
que de hierbas ya basta. ¡Meh!

—Pues vamos a casa —dijo el chico.

La tomó de la cuerda, la llevó al establo y la ató.

—Y bien —dijo el viejo molinero—, ¿ha pastado la cabra debidamente?

—Sí, sí —dijo el hijo—, está tan harta que de hierbas ya basta.

Pero el padre, para estar más seguro, bajó al establo, acarició al animal y le preguntó:

—Cabra, ¿estás harta?

La cabra contestó:

—¿De qué voy a estar harta?,
solo salté entre fosas,
pero de hierbas, nada. ¡Meh!

El padre, al oír esto, pensó que su hijo lo había engañado; montó en cólera, agarró su bastón y lo sacó a palos.

Al día siguiente le tocó al segundo hermano llevar a pastar a la cabra. La condujo a un pasto muy bueno, y la cabra comió todo lo que quiso hasta hartarse. Por la noche le preguntó:

—Cabra, ¿estás harta?

—Estoy tan harta, tan harta,
que de hierbas ya basta. ¡Meh!

—Pues vamos a casa.

La llevó al establo y le dijo al viejo que la cabra había comido hasta hartarse. El viejo volvió a bajar y preguntó:

—Cabra, ¿estás harta?

La cabra contestó:

—¿De qué voy a estar harta?,
solo salté entre fosas,
pero de hierbas nada. ¡Meh!

El molinero se enfureció y sacó también a su segundo hijo a palos de la casa.

Por fin le tocó al tercer hijo llevar a pastar a la cabra. Este estuvo muy dispuesto a hacerlo y le fue escogiendo los mejores forrajes. La cabra no dejó nada. Por la noche le

preguntó:

–Cabra, ¿estás harta?

–Estoy tan harta, tan harta,
que de hierbas ya basta. ¡Meh!

–Pues vamos a casa.

Y diciendo esto la metió en el establo y le aseguró a su padre que había comido hasta hartarse. Pero el viejo volvió a bajar para cerciorarse y preguntó:

–Cabra, ¿estás harta?

La cabra contestó:

–¿De qué voy a estar harta?,
solo salté entre fosas,
pero de hierbas nada. ¡Meh!

Entonces también sacó a palos de la casa a su tercer hijo.

Los hijos están indefensos, no se pueden defender. Son víctimas de la cabra, que ha creado la sospecha y la división. En la palabra “diablo” está el prefijo griego *dia*, de separar. Al diablo se le llama también padre de la mentira, calumniador, espíritu maligno. ¿Cómo salir de esta situación? La mentira tiene las piernas cortas, dice un refrán, no llega muy lejos, se acaba descubriendo. Y esto sucedió en el cuento de la siguiente manera.

El molinero entonces se dispuso a llevar a pastar él mismo a la cabra, le ató una cuerda y la condujo a los mejores pastizales. La cabra comió todo el día. Por la noche le preguntó:

–Cabra, ¿estás harta?

–Estoy tan harta, tan harta,
que de hierbas ya basta. ¡Meh!

–Entonces ven a casa –dijo.

La llevó al establo y, cuando la hubo atado, volvió a preguntarle:

–Cabra, hoy sí estarás harta, ¿verdad?

Pero la cabra también le contestó a él:

–¿De qué voy a estar harta?,
solo salté entre fosas,
pero de hierbas nada. ¡Meh!

Cuando el molinero lo oyó, se dio cuenta de que había expulsado a sus tres hijos cuando en realidad eran inocentes, y se enfureció de tal manera con la cabra maligna que tomó una cuchilla de afeitar, le rapó toda la cabeza y la sacó a latigazos.

Pero el cuento no termina aquí. Cuando la verdad irrumpe en la vida, aún falta mucho para que transforme a la persona entera en verdad. Es el principio de un largo camino en que la mentira vuelve a levantar la cabeza, como se verá a continuación.

El hijo mayor, mientras tanto, había estado de aprendiz con un ebanista. Cuando terminaron sus años de aprendizaje, siendo ya oficial en el oficio, se dispuso a visitar a otros y ampliar sus conocimientos recorriendo mundo. Como regalo de despedida, su maestro le entregó una “mesa, ponte”. Solo hacía falta que dijera: “¡Mesa, ponte!”, para que la mesa se cubriera con un mantel blanco, apareciera encima vajilla de plata, cubiertos de plata, un vaso de cristal lleno de vino tinto y todo alrededor las fuentes más preciosas llenas de comida. De esta manera salió alegremente por los caminos del mundo y, estuviera donde estuviese, en el campo, en el bosque o en una posada, cuando sacaba su mesa y decía: “¡Mesa, ponte!”, tenía servida la mejor comida.

Una vez llegó a una posada donde se habían reunido muchos comensales. Le invitaron a comer con ellos.

—No —dijo—, os invito yo a comer conmigo.

Entonces colocó su mesa en el centro de la estancia y dijo:

—¡Mesa, ponte!

Y en un abrir y cerrar de ojos se cubrió con los mejores manjares; y cuando se retiraba una fuente, enseguida aparecía otra, de modo que todos los comensales fueron agasajados maravillosamente.

El hospedero pensó: “Si tuviera una mesa así, me convertiría en un hombre rico”. Y por la noche, cuando ya estaba dormido el ebanista, que había dejado su mesa en un rincón, el hospedero sacó otra que tenía el mismo aspecto y la cambió por la verdadera.

La mentira va unida aquí, como muchas veces, con la codicia: el hospedero quiere ser un hombre rico, famoso. Traicionando la confianza del buen ebanista juega con la apariencia de lo verdadero. Lo hace tan bien que es capaz de engañar al mismo perjudicado, pues ni siquiera el propio dueño de la “mesa, ponte” es capaz de reconocer el engaño.

Por la mañana, el buen oficial de ebanista se levantó y cargó con su mesa, sin darse cuenta de que se la habían cambiado por otra. Cuando llegó a la casa de su padre le dijo:

—Olvídate de tus preocupaciones. Tengo una “mesa, ponte” y de ahora en adelante viviremos con holgura.

El padre se alegró mucho, invitó a todos los familiares y, cuando ya estuvieron todos

reunidos, el hijo colocó su mesa en el centro de la estancia y dijo:

—¡Mesa, ponte!

Pero la mesa quedó tan vacía como antes. Entonces el hijo se dio cuenta de que se la habían trocado, se avergonzó, y los familiares tuvieron que irse sin haber bebido ni comido. Y el padre y el hijo tuvieron que volver a sus oficios.

Todavía no ha llegado el momento de la verdad, pero al menos esta vez padre e hijo siguen unidos. La mentira tiene poder, pero menos. El ser humano no se desconecta ya del todo de su centro. Por otra parte, la mentira que le rodea no puede afectarle ya de la misma manera. Incluso esta mentira va quedando más patente para terceros.

El segundo hijo se había quedado con un molinero. Cuando hubo terminado sus años de aprendizaje, el molinero le regaló el asno Briquelibrit. Cuantas veces le decía: “¡Briquelibrit!”, empezaba a escupir ducados de oro, por delante y por detrás. Acompañado de este asno, fue a parar a la misma posada donde a su hermano le habían robado la “mesa, ponte”. Pidió los mejores manjares y, cuando le presentaron la factura, se fue al establo con su asno y le dijo:

—¡Briquelibrit!

Enseguida tuvo más ducados de los que le hacían falta. El hospedero, que lo había estado observando todo, se levantó durante la noche, soltó el asno de oro y colocó en su lugar a su burro.

A la mañana siguiente, el joven molinero salió de allí sin darse cuenta de que le habían engañado. Cuando llegó a la casa de su padre, le dijo:

—Vive feliz. Tengo el asno Briquelibrit y todo el oro que quieras.

Entonces el padre volvió a invitar a todos los familiares. Se extendió una gran sábana blanca en medio de la habitación, el joven molinero sacó el asno del establo y lo colocó encima de la sábana. Luego le dijo:

—¡Briquelibrit!

Pero nada, no apareció ni un ducado. Entonces se dio cuenta de que le habían engañado, se avergonzó y volvió a su oficio para poderse mantener.

Tres veces tendrá que repetirse la historia, es decir, todas las veces que haga falta, hasta que por fin la mentira queda desterrada definitivamente. En los cuentos siempre suele suceder que el tercer hermano, que es el hermano menor, consigue romper el círculo. Además, el menor suele valerse de algún medio que parece inútil, inadecuado, incluso ridículo. Y es que en el fondo actúa “otra fuerza” que siempre aparece como astucia, aunque en el fondo no es eso exactamente. Este cuento lo presenta de la

siguiente manera.

El tercer hijo se había quedado con un tornero. Este le regaló para sus correrías un saco con un palo. Siempre que decía: “¡Palo, sal del saco!”, el palo saltaba afuera y hacía bailar a la gente que estuviera alrededor, golpeándola terriblemente.

Al tornero le había llegado la noticia de que sus hermanos habían perdido en una posada los tesoros que habían conseguido. De modo que se fue derecho a dicha posada y contó que sus hermanos habían conseguido una “mesa, ponte” y un asno “Briquelibrit”, pero que él llevaba en el saco algo que era mucho más valioso todavía. Al hospedero le entró la curiosidad. Pensó que “a la tercera va la vencida”, y decidió de noche hacerse también con este tesoro. Pero el tornero había puesto el saco debajo de su almohada, y cuando llegó el hospedero y empezó a tirar de él, dijo:

—¡Palo, sal del saco!

El palo empezó a bailar con el ladrón y a golpearle tan terriblemente que estuvo dispuesto a entregar la “mesa, ponte” y el asno “Briquelibrit”.

En la Biblia es el joven David, casi niño todavía, pastor de ovejas, enfrentándose al gigante Goliat, guerrero fornido, con un guijarro del arroyo, «para que todo el mundo vea que no con lanza ni con espada salva Yahvé».

Cargado con los tesoros recuperados, el hijo menor los llevó a la casa de su padre y vivió feliz con él y sus dos hermanos.

El ser humano, gracias a una fuerza que le sostiene más allá de lo que le es posible por sí mismo, por fin vuelve al origen, a su centro, a su casa, a la casa del Padre. Allí encuentra la verdadera paz y felicidad. El camino no ha sido en balde: la persona se ha convertido en un tesoro viviente para otros, y la mentira ha sido desterrada definitivamente, según se desprende de la parte conclusiva del cuento, pues ¿qué pasó con la cabra?

La cabra se había metido en la madriguera de un zorro. Cuando este volvió y se asomó a su madriguera, vio un par de ojos enormes y ardientes. Lleno de espanto, salió corriendo y se encontró con el oso, que le dijo:

—Hermano zorro, ¿qué cara es esa que pones?

—Una bestia terrible, con ojos ardientes, horribles, está en mi madriguera.

—Ya me encargaré yo de sacarla de allí —dijo el oso.

Y se fue derecho a la madriguera del zorro. Pero cuando llegó allí y vio los ojos

ardientes, también se espantó y volvió corriendo.

En esto apareció volando una abeja y preguntó:

–¡Qué aspecto tan lastimero tienes, oso!

–Hay una bestia terrible en la madriguera del zorro que no podemos sacar de allí.

La abeja dijo:

–Soy un animal pequeño y vosotros no me apreciáis, pero quizás os pueda ayudar.

Luego voló hacia la madriguera del zorro y picó a la cabra en su cabeza rapada. Esta dio un brinco y salió corriendo de la madriguera, gritando: “¡Meh! ¡Meh!

Y hasta el día de hoy nadie sabe Adónde ha ido a parar.

La conclusión del cuento es que ni el listo zorro ni el fuerte oso son capaces de vencer a la mentira: solo la pequeña abeja que ellos desprecian, la abeja, que es laboriosa y trabajadora, que recoge el néctar de las flores con el que nutre a su pueblo y a mucha más gente.

LA NIÑA SIN MANOS

SIN ABANDONAR LO ESENCIAL, RECUPERAR EL
CONTACTO CON LO COTIDIANO



Se trata de uno de los cuentos que los hermanos Grimm recogieron en las aldeas y que se habían ido transmitiendo de boca en boca durante largo tiempo. Son una especie de mitos populares o “sueños del pueblo”. Todos ellos reflejan una gran sabiduría. Hablan de la vida humana, de cómo llegar a ser una persona de verdad. Cada uno de los personajes que aparecen en el cuento es uno mismo, reflejan distintos aspectos de la misma persona.

Érase una vez un molinero pobre que no tenía nada más que su molino y, detrás del mismo, un gran manzano. Un día fue al bosque a recoger leña. Allí se encontró con un viejo que le dijo:

—¿Para qué te apuras tanto? Yo te haré rico. Dame a cambio lo que está detrás de tu molino. A los tres años lo iré a buscar.

El molinero pensó: “Eso es mi manzano”, y se lo prometió enseguida.

Al llegar a casa, su mujer le dijo:

—Molinero, ¿de dónde viene toda esta riqueza que ha llenado todas las arcas y armarios de nuestra casa?

—Esto viene de un viejo al que encontré en el bosque y al que prometí a cambio lo que hay detrás del molino.

—¡Ay! —exclamó asustada la mujer—, la que nos espera; el viejo era el demonio y se refería a nuestra hija, que estaba barriendo detrás del molino.

La hija era muy buena y bella...

A diferencia de muchos otros, este cuento empieza hablando solo muy brevemente de la bondad y belleza de la verdadera naturaleza humana, representada aquí por la hija del molinero, para extenderse sobre todo en hablar del origen del mal que la desfigura. Los elementos venenosos —codicia, odio y orgullo— desfiguran el verdadero ser del hombre, creado a imagen de Dios, como dice la Biblia.

La que en realidad es de estirpe real, destinada a ser reina, aparece como hija de un mezquino molinero. Aquí el molinero, como bastantes veces, se deja llevar por su codicia y tiende a engañar para salir de la pobreza. En el cuento de «Rupillepa», por ejemplo, un molinero dice que su hija sabe convertir paja en oro. En un capitel románico del santuario de la Virgen de Estíbaliz, un molinero con un saco de trigo mal pesado representa la codicia.

En este cuento se trata de cómo llegar a ser lo que se es de verdad y en el fondo, de

cómo convertirse de hija de molinero en reina, de acuerdo a la verdadera naturaleza propia.

Al cabo de tres años, el demonio vino muy de madrugada para llevarse a la hija. Pero ella había trazado un círculo de tiza en torno a sí misma y se había lavado. De esta manera, el demonio no podía acercarse a ella y se puso furioso:

—¡Quítale el agua para que no se pueda lavar y yo tenga poder sobre ella! —le dijo al molinero.

El molinero tenía miedo y lo hizo. Al día siguiente, el demonio volvió, pero ella había estado llorando sobre sus manos, se había lavado y estaba completamente limpia. El demonio, una vez más, no pudo acercarse a ella y, rabioso, le dijo al molinero:

—¡Córtale las manos para que me la pueda llevar!

El molinero se horrorizó:

—¡Cómo voy a cortar las manos a mi querida hija! ¡No, eso no lo hago!

—Pues ¿sabes qué? —dijo el demonio—, si no lo haces, será a ti a quien me lleve.

El molinero sintió mucho miedo y acabó prometiendo que haría lo que le pedía. Fue a ver a su hija y le dijo que el demonio vendría a por él si no le cortaba las manos. La hija respondió:

—Padre, haced conmigo lo que queráis.

Tendió sus manos y permitió que se las cortaran.

El demonio vino por tercera vez, pero ella había llorado tanto sobre sus muñones que había quedado completamente limpia, y el demonio perdió todo derecho sobre ella.

Entonces el molinero le dijo que cuidaría de ella toda la vida, pues gracias a ella era rico. Pero ella no aceptó. Pidió que le ataran las dos manos a la espalda y abandonó la casa de sus padres confiando en que gente compasiva le daría lo que necesitara para vivir...

Al principio del camino muchas veces hay lágrimas; como cuando se enciende el fuego y se irritan los ojos, decía una ermitaña de los desiertos de Egipto. Pero las lágrimas encierran una promesa. Decía otro ermitaño: «Anuncian una vida nueva; es como cuando una mujer rompe aguas antes de dar a luz».

Hay algo en el ser humano que nadie puede tocar. Es tan limpio, tan puro o vacío que no se puede lastimar ni destruir de ninguna manera. El mejor hipnotizador no puede hacer nada con una persona que se refugia en este centro divino. Ni uno mismo lo puede destruir definitivamente, aun viviendo de muy mala manera.

El camino para llegar a ser plena y manifiestamente quien se es en realidad y poder actuar y vivir como tal empieza dando la espalda a lo que vela la verdadera naturaleza,

en este caso la codicia. No hay riqueza que pueda compensar la verdadera vida. Quien no se aferra a las seguridades y sigue el anhelo profundo de su corazón encuentra la mayor riqueza abandonándolo todo, como en el caso de la hija del molinero. Es dejar de asirse a seguridades externas e ilusorias y fiarse de la única seguridad real.

La niña lleva sus manos atadas a la espalda. Es decir, ella, que en principio es reina, como luego se verá, no solo tiene apariencia de pobre molinera, sino que además no tiene plena capacidad para actuar, está maniatada. Sus manos están en la espalda, su capacidad de actuar y vivir como reina están “atrás”, en el inconsciente.

De esta manera se puso en camino bien de mañana. Anduvo todo el día. Por la noche llegó a la verja que rodeaba el jardín del palacio real. Descubrió un pequeño agujero por el que meterse, y entró. En el jardín vio un manzano y, apoyándose contra él, lo sacudió. Con la boca cogió las manzanas que habían caído al suelo para comérselas. Así pasó dos días. Pero al tercero la descubrieron los guardas del jardín real, la agarraron y la llevaron al calabozo. Al día siguiente tuvo que presentarse ante el rey e iba a ser expulsada del país. Pero el príncipe propuso:

—Mejor que se quede y cuide de las gallinas en el patio.

Como tantas veces ocurre en los cuentos —en realidad en todo camino hacia la propia identidad verdadera—, la niña tiene que caminar mucho. Todo el día. Por la noche, que es oscuridad, pero también promesa, llega el momento en que por primera vez roza algo que ya tiene que ver con rey o reina: llega a la verja del jardín que rodea el palacio. Para llegar al palacio aún falta mucho, pero ya consigue entrar en el jardín y alimentarse de las manzanas del rey. Ahí hay algo que alimenta al alma que es ella. Esto lo consigue valiéndose de su cuerpo entero, puesto que sus manos están atadas a la espalda. También *za-zen* se hace con el cuerpo.

Para acceder a este jardín y poder alimentarse en él, ha tenido que meterse por un agujero pequeño. En este camino, la humildad es imprescindible. «El mayor enemigo en este camino es el orgullo», decía hace siglos el maestro de té más importante de Japón. Por eso mismo la puerta de entrada a una casa de té solo tiene unos ochenta centímetros o menos de altura. Hay que agacharse a la fuerza si se quiere entrar.

También es importante el trabajo humilde, como en este caso cuidar las gallinas. La alternativa habría sido vivir en el exilio, lejos de su verdadera patria, la morada del rey. Santa Teresa compara el alma a un castillo todo de diamante o muy claro cristal habitado por un rey, que es Dios.

Así vivió un tiempo, cuidando las gallinas. El príncipe la veía a menudo, y se fue

enamorando de ella. Llegó el tiempo en que el príncipe debía casarse. El rey mandó mensajeros a todo el mundo para buscarle una buena esposa.

—No hace falta que busquéis muy lejos —dijo el príncipe—. Conozco a una muy cerca.

El anciano rey estuvo pensando y repensando y no se le ocurría ninguna doncella rica y bella en el país.

—¿No estarás pensando en esa que cuida las gallinas en el patio? —le dijo.

El hijo repuso que no se casaría con nadie más que con ella, y al final el rey tuvo que asentir. Al poco murió el rey. Su hijo le sucedió en el trono y vivió feliz con su esposa.

Ha llegado el momento en el camino en que se produce el primer despertar, llegar a ser quien en el fondo ya se era desde siempre: rey y reina, lo más noble y lo más libre. Es una experiencia de unidad y alegría. Es llegar a casa.

Pero la reina aún no tiene manos. Falta llegar a poder actuar y vivir realmente como reina, que en todo se manifiesta esta naturaleza profunda. Este proceso de transformación es largo y penoso, y parece que se vuelve a poner en juego todo.

El cuento lo explica de la siguiente manera.

Al cabo de un tiempo, el rey tuvo que ir a la guerra. En su ausencia, la reina dio a luz a un niño hermoso. Envío a un mensajero con una carta para el rey, en que comunicaba a su marido el feliz acontecimiento. El mensajero descansó por el camino junto a un arroyo y se durmió. En esto llegó el demonio, que todavía andaba maquinando cómo hacerle daño a la hija del molinero, y cambió la carta por otra en la que ponía que la reina había dado a luz un niño deforme. Cuando el rey leyó la carta, se entristeció mucho, pero escribió en contestación que cuidaran mucho de la reina y de su hijo hasta que él volviera.

El mensajero reemprendió el camino de vuelta con la carta y volvió a dormirse en el mismo lugar. Allí estaba de nuevo el demonio, que cambió la carta del rey por otra en la que ponía que había que exiliar a la reina con el niño.

Aunque todo el mundo se puso muy triste, no hubo más remedio que obedecer a la supuesta orden del rey. A la gente que estaba llorando, ella le dijo:

—No he venido aquí para ser reina; no tengo suerte y tampoco la busco; atadme al niño y las manos a la espalda, y me marcharé.

Por la noche llegó a un bosque muy espeso. Allí había un pozo y junto a él un bondadoso anciano.

—Tened compasión y sujetad al niño para que le pueda dar de beber —le dijo.

El anciano así lo hizo. Luego él dijo:

—Allí hay un árbol muy grueso: vete y rodéale tres veces con tus muñones.

Al hacerlo le volvieron a crecer las manos. A continuación, el anciano le mostró una casa:

—Aquí puedes vivir. Pero no salgas ni dejes entrar a nadie, a no ser que alguien te lo pida tres veces por el amor de Dios.

Después de la boda —el momento de llegar a ser la que es en el fondo— nace una vida nueva, representada por el niño. Pero esta vida nueva está expuesta. Los elementos venenosos —el demonio— la persiguen y combaten. Y se produce de nuevo una noche oscura, angustia en el bosque, lejanía de la verdadera morada propia. Sin embargo, en medio de la oscuridad —angustia y destierro— hay un pozo que mana agua y que nutre esta vida nueva. Hay un anciano —sabiduría y amor— que acude en su ayuda. Encuentra un refugio: una casa, que es el alma, en la que se recoge para sobrevivir en el bosque cuidando de la vida nueva, su niño. El bosque, como el desierto, es lugar de lucha, pero también de encuentro con Dios. Hay demonios, pero también ángeles que ayudan o un cuervo que provee al profeta Elías del alimento necesario cada día.

En este lugar le vuelven a crecer las manos, se transforma hasta llegar a actuar y vivir desde su ser profundo. Ahora hace falta que vuelva al palacio y se manifieste con más claridad aún que antes que es reina. Cuando la situación está peor, la salvación se acerca.

Cuando terminó la guerra, el rey volvió a palacio y se dio cuenta del engaño. Inmediatamente se puso en camino para buscar a su querida esposa. Solo se llevó un ayudante. Caminaron juntos mucho tiempo y, después de un largo viaje, se perdieron una noche justamente en el bosque donde estaba la reina, pero sin saber que estaban tan cerca de ella.

En un momento dado divisaron una luz allá a lo lejos. El ayudante del rey estaba muy cansado y propuso acercarse para descansar allí. El rey no quería descansar, sino seguir buscando, pero, por compasión, al ver tan cansado a su acompañante, por fin accedió. Cuando llegaron a la casa, el ayudante miró por la ventana y dijo:

—Parece nuestra reina la que está dentro, pero no puede ser, porque tiene manos.

Pidió hospedaje para la noche, pero ella se lo denegó, porque no lo había pedido por el amor de Dios. Entonces se acercó el rey en persona y dijo:

—Por favor, dejadme pasar, ¡por el amor de Dios!

—No os puedo dejar pasar hasta que no lo hayáis repetido tres veces.

Cuando el rey lo hubo dicho dos veces más, los dejó pasar. El niño corrió hacia la puerta y condujo al rey hacia su madre. Entonces se reconocieron, y hubo gran alegría.

A la mañana siguiente volvieron todos juntos a su patria, y nada más salir de la casa, esta desapareció.

Si fue importante en un momento dado saber agacharse para pasar por el agujero en la verja del jardín real, ahora es decisiva la compasión que mueve al rey. Amor y humildad son decisivos en todo camino de verdad.

Gracias a esta compasión del rey ante el cansancio de su acompañante llegan a encontrarse rey y reina. Primero es un ver a través de un cristal, queda un velo de por medio. Pero luego ya es cara a cara, claramente. Es la vida nueva, el niño, que los une, que unifica definitivamente.

Pasada la oscuridad de la noche, cuando aparece la luz por la mañana, emprenden la vuelta al palacio, y en el mismo momento desaparece la casa del bosque. Las tinieblas ilusorias del estar en camino se disipan ante la luz de la realidad tal cual es. La persona ha llegado a ser quien es y a vivir manifestando esta nobleza inherente en todo su actuar.

LOS SEIS CISNES

VOLVER A PISAR TIERRA



Un rey estuvo de caza en un bosque muy grande, se perdió y no pudo encontrar la salida. Por fin se encontró con una bruja, a la que pidió que le enseñara el camino. Pero ella contestó que no lo haría jamás, que tenía que quedarse dentro y morir. Solo una cosa lo podía salvar: que se casara con su hija. El rey quería vivir, y por miedo asintió. Entonces la bruja le presentó a la chica, que era joven y guapa, pero él no la podía mirar sin sentir cierto horror y miedo secretos. Sin embargo, quiso cumplir lo que había prometido. Entonces la bruja condujo a los dos al camino que llevaba derecho y, al llegar al palacio, la hija de la bruja se convirtió en la esposa del rey.

Por otra parte, el rey tenía siete hijos de su primera esposa, seis chicos y una chica, y al temer que la madrastra les pudiera hacer daño, los llevó a un palacio que tenía en el centro de un bosque. Estaba en un lugar tan secreto que nadie podía encontrar el camino hasta allí, ni él mismo lo hubiera encontrado nunca si una mujer sabia no le hubiera entregado un ovillo de hilo que tiraba al suelo y entonces el ovillo se desenrollaba y le mostraba el camino.

Este cuento nos presenta, en la segunda parte de la introducción, cuál es el estado original del ser humano. Es de estirpe real y sus facultades –los seis hijos, que representan los cinco sentidos y el entendimiento, así como la hija, el alma– lo son también. Hay rey y reina, es decir, armonía, unidad entre cielo y tierra.

Pero la reina muere, la tierra –buena como una madre– desaparece y se convierte en hostil y peligrosa. La tierra ya no es madre, es más bien madrastra. Esto es el hecho que el ser humano constata. El cuento lo explica diciendo que el rey se había perdido en el bosque y se casó con la hija de una bruja para salvar su vida. El ser humano que anda perdido por los caminos del bosque de la vida fácilmente pacta con algo que, a pesar de sus apariencias, no es auténtico y, buscando la vida, se enreda cada vez más y la pone en peligro.

En este cuento, al percatarse del peligro busca la solución refugiándose en un palacio en medio del bosque. Puede ser que emprenda un camino de recogimiento, de soledad, para, en medio de una vida expuesta a la maldad de la tierra-madrastra, refugiarse en su centro, que es templo del Espíritu. El camino de la interiorización lo aprende de una mujer sabia y buena, que contrasta con la mujer-bruja mala. También contrasta la gratuidad y libertad al entregarle el ovillo que muestra el camino con la ayuda para encontrar el camino que ofrece la bruja, condicionándola a que se ate a su hija haciéndole perder su libertad.

Pero el camino de la interiorización no está exento de dificultades. Una de ellas es el

sentirse superior a los demás mortales. Al refugiarse en una torre de marfil, el yo espiritual se dispara, pierde contacto con la realidad, no la transforma, sino que la evade disparándose por los aires. El caso es que ahí también se cuele el mal. Así lo narra el cuento.

Como el rey quería mucho a sus hijos, los iba a ver a menudo, y la reina madrastra empezó a sentir curiosidad. Quería saber qué estaba haciendo el rey tanto tiempo solo en el bosque. Indagó entre el servicio del palacio y le contaron el secreto.

Lo primero que ahora hacía falta era usar la astucia para conseguir el ovillo. Luego tomó siete camisitas y se fue al bosque siguiendo el ovillo. Cuando los seis pequeños príncipes la vieron venir de lejos, se alegraron pensando que era su padre y salieron corriendo a su encuentro. Entonces ella les fue echando a cada uno una camisita y, nada más tocarles, se iban convirtiendo en cisnes y levantaron el vuelo para desaparecer por los aires.

En otro cuento también aparece el peligro de irse por los aires. Ocurre en el cuento de «El fiel Juan», que, cuando ya han conseguido traer a la princesa del Techo de oro al barco, al llegar a puerto un bello caballo les espera y si el rey montara en él se lo llevaría por los aires, alejándole para siempre de la princesa. El orgullo es el gran enemigo en este camino, decía Rikyu, maestro de *chado* o camino del té en el Japón del siglo XVI. «Líbrame de la arrogancia, para que no me domine el gran pecado», reza el salmista de la Biblia. El orgullo espiritual es enfermedad especialmente grave. No es fácil superarlo, como se verá en el cuento a continuación.

La reina pensó que había quitado de en medio a todos los hijos, así que volvió a casa. Mientras tanto, la niña se había quedado en su alcoba y quedó a salvo.

El alma de la persona, su más profundo centro, no sucumbe a la influencia maligna. La princesa es la luz del alma que nunca falta, y que es el punto de partida para volver a encaminarse y volver a ser quien en el fondo se es.

Al día siguiente, el rey fue al palacio del bosque. La niña le contó todo lo que había ocurrido y le mostró las plumas de cisne de sus seis hermanos que habían caído en el patio. El rey se asustó, pero no pensó que la causante del daño fuera la reina, y, como estaba preocupado por su hija, no fuera que también se la robaran, quiso llevársela consigo. Pero ella temía a su madrastra, y le rogó que la dejara una noche más en el palacio. Durante la noche ella huyó bosque adentro.

Aquí empieza propiamente la trama del cuento, el camino de transformación y de la vuelta al verdadero ser. Siempre está en su origen un anhelo, el de salvar a los seis hermanos convertidos en cisnes según este cuento. Este anhelo, esta necesidad, es el impulso que hace salir al ser humano y meterse en el bosque, lugar de peligros a la vez que de bendiciones. El bosque es el “desierto” de los países del centro y norte de Europa.

Después de caminar todo el día, al atardecer llegó a una cabaña del bosque. Entró dentro y se encontró con una estancia en la que había seis camas pequeñas. Como estaba cansada, se echó debajo de una de ellas con la intención de pasar allí la noche. Pero cuando se puso el sol entraron seis cisnes volando por las ventanas, se posaron en el suelo y se soplaron mutuamente las plumas, que se caían como quien se quita un velo. Y entonces resultaron ser sus seis hermanos. Enseguida, la niña salió de debajo de la cama y, al verla los seis hermanos, se pusieron a la vez muy contentos y muy tristes.

—No te puedes quedar aquí —le dijeron—, esto es una guarida de ladrones y cuando vuelven a casa se hospedan aquí. Nosotros podemos recuperar todos los días nuestra figura humana durante un cuarto de hora, luego volvemos a perderla. Si quieres liberarnos, tienes que coser en seis años seis camisitas juntando pequeñas flores blancas llamadas “flores de estrellas”. Durante todo este tiempo no puedes hablar ni reír, de lo contrario echarás a perder todo lo que hayas hecho.

Nada más terminar de hablar había pasado el cuarto de hora, y los hermanos volvieron a convertirse en cisnes.

Cuanto más se entra en el bosque, en lo hondo, más oscuridad. El cuento dice que se hace de noche. El ser humano toma conciencia de su lado oscuro. La guarida de los ladrones está en medio del bosque. En realidad es la “sombra” del templo del Espíritu que es todo ser humano. Pero de momento se descubre que lo habitan “ladrones”, algo que le roba al ser humano su verdadera identidad. Sin embargo, en algún momento, fugazmente, allí en lo hondo, también se vuelve a percibir durante un momento de su verdadero ser, durante un cuarto de hora los cisnes recobran el aspecto humano.

La princesa, que ha salido a salvar a sus hermanos, adopta una actitud totalmente opuesta a la que ha hecho presa en sus hermanos. Ellos se fueron volando por los aires, y ella se echa en el suelo, debajo de una de las pequeñas camas. El orgullo se vence con la humildad.

Constantemente aparece el número seis, indicando tiempo de trabajo y de “trabajos” o dificultades: seis hermanos, seis camisitas de bruja, seis cisnes, seis camas en la guarida de los ladrones, y la liberación depende de seis camisitas hechas de pétalos de flores

blancas silvestres muy pequeñas en el espacio de seis años. Se avecinan seis años sin hablar ni reír, tiempo de silencio y de soportar durezas.

A la mañana siguiente, la niña empezó a recoger flores de estrellas, luego se sentó en un árbol alto y empezó a coser. No decía palabra, tampoco reía, solo estaba pendiente de su trabajo.

Al cabo de un tiempo sucedió que el rey, a quien pertenecían esas tierras, estuvo cazando en el bosque y sus cazadores toparon con el árbol en el que estaba sentada la niña. La llamaron diciéndole que bajara. Como no podía contestarles, quiso despacharlos con regalos y les arrojó su cadena de oro. Como no dejaban de llamarla, les tiró su cinturón. Viendo que tampoco servía de nada, les fue echando todo aquello de lo que podía prescindir, de modo que al final se quedó solo con su camiseta. Pero aun así los cazadores no se dieron por satisfechos, subieron al árbol y la bajaron a la fuerza para llevarla ante el rey.

Este se quedó impresionado ante su belleza, la envolvió en su manto y la sentó delante de él en el caballo para llevarla a palacio. Aunque la niña no hablaba, la quería de corazón y la convirtió en su esposa.

Sucede a menudo, mucho más de lo que se cree, que alguien cae en la cuenta de su verdadera identidad, de su naturaleza propia, que es noble y libre como un rey, y se convierte en “reina”. Suelen preceder a estos momentos tan importantes para la vida humana situaciones de despojamiento. La misma vida arrebatada a veces lo indecible. Se pone a prueba lo que uno realmente vale. El oro pasado por el fuego es mejor oro, reza un dicho Zen.

El cuento de los seis cisnes habla de una niña que va entregando todo cuanto tiene hasta quedarse solo con su camiseta. En otro cuento, una niña, en medio del bosque y a oscuras, también entrega todo cuanto tiene, un trozo de pan duro y sus vestidos. Cuando ya no tiene nada más que su camiseta, de repente caen las estrellas del cielo convirtiéndose en ducados de oro, que recoge en su nueva camiseta de lino blanco. En el cuento de los seis cisnes no es oro lo que recoge la niña, sino que, envuelta en un manto real, llega a palacio y se convierte en reina. En ambos casos, una vez despojado de todo lo superficial, el ser humano ha recuperado lo que es en el fondo, un tesoro, oro puro, rey o reina.

Pero esta situación aún no es duraderamente manifiesta. En la mayoría de los cuentos sucede como en el de los seis cisnes, que a partir de este momento empieza un largo proceso de transformación o personalización. Lo vivido en un momento tiene que llegar a transformar y empapar la vida entera, tiene que llevar a la liberación de los seis

hermanos, a la iluminación de los seis sentidos.

El cuento lo presenta de la siguiente manera.

La madre del rey estaba disgustada por la boda del rey con la niña y empezó a difundir rumores: nadie sabía de dónde había salido esa chica que no era digna de un rey. Cuando nació el primer príncipe, la suegra lo sustrajo, embadurnó la boca de la madre con sangre y la acusó ante el rey de haberse comido a su propio hijo, porque era una bruja. El rey, por el amor tan grande que sentía hacia ella, no quiso creerlo.

Cuando al cabo del tiempo nació el segundo príncipe, la malvada suegra difundió la misma calumnia y la volvió a acusar ante el rey. Como la niña no podía hablar y siempre estaba sentada en silencio tejiendo las seis camisitas, ya no hubo quien la pudiera salvar y fue condenada a morir quemada en una hoguera.

Llegó el día en que había que ejecutar la condena. Era justamente el día en que se cumplían los seis años y había conseguido terminar las seis camisitas, solo le faltaba una manga de la última. Cuando la llevaron a la hoguera llevó las seis camisitas consigo. En el momento de prenderle fuego vio llegar seis cisnes que descendían en su vuelo al llegar a donde estaba ella. Entonces les fue echando las camisitas, y apenas los rozaban, se les caía la piel de cisne y se convertían en sus seis hermanos, solo que al sexto le faltaba el brazo izquierdo. En su lugar tenía un ala de cisne en la espalda. Entonces ella pudo volver a hablar y contó cómo la malvada reina madre la había calumniado. Por lo cual fue esta la que desapareció en el fuego, mientras que la niña, princesa y reina, vivió feliz con el rey y sus seis hermanos.

Cuando el peligro llega a su punto cumbre, aparece la salvación, dice el poeta Hölderlin. Transcurridos los seis años de dificultades, cuando parece que todo está perdido, inesperadamente, justo entonces todo cambia. La persona que ha superado la prueba recupera el habla, sabe cómo hablar desde esa nueva vida en que la bondad triunfa y brilla como el sol sobre buenos y malos. Puede extrañar que, a pesar de todo, alguien muera en la hoguera, pero lo que desaparece en el fuego es la personificación de nuestro lado oscuro, de los elementos venenosos, como ocurre también con la reina mala en el cuento de «Blancanieves».

Pero queda siempre una marca, un ala de cisne en este caso, una pierna coja en el caso de Jacob. La persona que ha atravesado todas esas etapas del proceso queda marcada, tiene algo que convierte su felicidad y su belleza en algo que rezuma misterio. Trabajando con las manos, ha puesto los pies en la tierra. Se le han iluminado los sentidos. Las cosas más cotidianas se vuelven infinitamente más bellas y transparentes.

LA BLANCA PALOMA

CONVERTIRSE EN ÁRBOL FRONDOSO DE BUENOS
FRUTOS



Había una vez un hermoso peral. Estaba plantado en el huerto delante del palacio de un rey. Todos los años daba los mejores frutos. Pero siempre solían desaparecer de repente en una noche, y nadie sabía por qué.

Este cuento, igual que tantos otros, fue recogido de viva voz por los hermanos Grimm al escuchar a la gente de los pueblos. Son como mitos populares que hablan del sentido de la vida, de cómo llegar a ser verdaderamente persona.

Cada uno de los personajes que aparecen en los cuentos es el mismo ser humano, unas veces rey, otras mendigo, unas veces rana, otras príncipe, otras todavía piedra, perla, pájaro o flor, o un árbol, como ocurre en este caso.

El ser humano es como un hermoso árbol, vivo, plantado en tierra noble, o sea, es noble y libre desde siempre, y los frutos que da en la vida son muy buenos. Eso es en origen, esa es su bondad original, pero a la vez hay algo, menos esencial, pero también originario, un “mal o pecado original”, y es que estos frutos buenos desaparecen en la noche de la vida sin que se sepa cómo. Realmente es una gran pregunta: si el ser humano es bueno en origen, fue creado a imagen de Dios y «vio que era bueno», según dice la Biblia, ¿cómo se explica que en el día a día existan odios, codicias, orgullos y las consecuencias de guerras, injusticias, etc.? El hecho es que es así. Y de ahí arranca el cuento y la vida humana, tratando de “volver” al origen.

El rey tenía tres hijos, de los cuales el más joven era tenido por ingenuo y tonto. Entonces mandó al mayor que se pusiera a vigilar el árbol. Así lo hizo durante todo un año, manteniéndose despierto y vigilante todo el tiempo. Pero llegó una noche en que el sueño le pudo, y cuando por la mañana abrió los ojos, las peras habían desaparecido.

Entonces el rey encargó al segundo hijo que vigilara con mucha atención. Pero también ocurrió que llegó una noche en que se dejó vencer por el sueño y a la mañana siguiente las peras habían desaparecido.

Ya solo le quedaba el hijo menor, y el rey le encargó la misión de vigilar el árbol y estar muy atento para descubrir quién robaba las peras. Todos en el palacio se reían diciendo:

–Si los hijos mayores, tan inteligentes como son, no han podido averiguarlo, ¿qué va a hacer este ingenuo?

De mil maneras diferentes se vuelve a repetir la misma historia: el ser humano trata de

encontrar una salida a su situación, trata de recuperar algo “perdido”, recurriendo a sus propias fuerzas, sus “potencias del alma”, su inteligencia y voluntad, pero resulta que esto no es suficiente, ni siquiera lo más importante. En este camino de “vuelta al origen” lo que hace falta sobre todo es una determinada vigilancia del corazón, que no depende de la inteligencia ni de saberes o prestigio. Y si esta falla, no sirve de nada todo lo que se puede o se sabe. Será el pequeño, el que carece de prestigio, como tantas veces, el que encuentre la salida.

El hijo menor se puso a vigilar el árbol lo mejor que pudo. A veces le entraba mucho sueño, pero lograba mantenerse despierto y resistirse al sueño. Así noche tras noche, sin fallar ninguna. Hasta que una vez vio cómo llegaba una blanca paloma, tomó una pera y se fue volando.

Enseguida se levantó y la siguió. La persiguió por montes y valles, muy lejos, y finalmente llegó a una montaña muy alta.

La vigilancia del corazón de una persona de buena fe consigue lo que parecía imposible. En las noches oscuras en que se mantiene despierto y vigilante se da cuenta de que se le ha robado algo. Son momentos de sentir la pérdida, de la que antes no se había sido consciente; estaba, pero ignorada o tapada, como cuando uno está dormido y no se entera. Durante el *za-zen*, las “sentadas” en silencio vigilante, se da uno cuenta de cosas que en el fondo se saben, pero que resultan más o menos inconscientes, actitudes erróneas, prejuicios, egoísmos, etc.

Manteniéndose vigilante de corazón, no solo se da uno cuenta del “robo” a sí mismo, sino que llega a ver en un momento dado la blanca paloma, la verdadera naturaleza, el alma. Es como un momento de *ken-sho*, literalmente “ver la naturaleza”.

Ahora se trata de seguir a la blanca paloma, esa luz del alma, como dice san Juan de la Cruz, «sin otra luz ni guía sino la que en el corazón ardía». Esto lleva a una experiencia mayor, cumbre, la paloma lo lleva hasta lo alto de una montaña.

Pero ahí de pronto desaparece.

Al llegar a lo alto de la montaña, de repente la paloma desaparece en la ranura de una roca. El joven príncipe se queda desconcertado y, cuando se vuelve, detrás de él ve a un hombrecillo gris.

—Dios te bendiga —le dice el joven.

Y el hombrecillo, que le agradece el saludo, le orienta indicándole que ha de entrar en la roca y bajar escaleras abajo, que allí encontrará a la paloma.

Siempre sorprende que después de una experiencia de *ken-sho* la cosa no siga cada vez más arriba, a mejor. Parece que se va hacia atrás. Vuelven la oscuridad y la lucha. Pero la verdad es que ahora empieza realmente el camino de transformación. Lo que antes se entrevió como en un abrir y cerrar de ojos, y que, atraído por ello, se fue siguiendo, ahora va haciéndose realidad. Como quien ha conseguido levadura y a continuación la amasa para que penetre en toda la masa.

Si uno recuerda los diez cuadros del boyero, en el tercero ya “se ve el buey”, pero luego siguen una serie de escenas en que se trata de atar a un buey muy rebelde, de tirar de la reata en sentido contrario a lo que quiere el buey, para por fin poder dejarla colgando e incluso sentarse a lomos del buey.

También en este cuento ocurre así. La paloma desaparece de nuevo, y hay que meterse nuevamente en una especie de noche, entrando en la montaña por la estrechez, la angostura de una ranura.

La valiosísima indicación que recibe el joven del hombrecillo gris es conseguida gracias a su actitud humilde y amable, que le hace decir: “Dios te bendiga”. Él no se cree superior o demasiado bueno para hacer caso del hombrecillo gris. No lo desprecia ni se avergüenza de él.

El hombrecillo gris es la sombra del príncipe, la sombra del ser humano que se ve cuando uno mira lo que tiene a sus espaldas, es decir, en el inconsciente. Allí aparece la sombra de lo que realmente es, aparece la luz, pero bajo apariencia de lo contrario, como la luz que se ve como sombra cuando algún objeto interfiere en sus rayos. La actitud ante las sombras que aparecen en el camino debería ser siempre como la de este príncipe, una actitud de acogida realista, que eso es humildad, palabra que viene de *humus*, tierra. Una actitud de bendición. Así es como se redimen. En cambio no ocurre así si se reprimen o rechazan. Durante el *za-zen* no es cuestión ni de entrar en el tema ni de reprimirlo, sino de mantenerse libre en medio de la situación, atándose a la respiración, vigilante de espíritu.

Siguiendo el consejo recibido, el príncipe entra en la montaña y desciende muchos peldaños. Abajo del todo descubre efectivamente a la paloma. Pero está enredada en telarañas, atada, falta de libertad para volar. Sin embargo, a medida que va viendo al príncipe se le van cayendo las ataduras y, cuando se rompe el último hilo, se convierte en una hermosa princesa.

Es por un camino de abismamiento, “escaleras abajo”, como puede llegarse a descubrir la luz del alma, no se llega buscando fuera, por medio de los sentidos. «Lo que entra por la puerta no es tesoro familiar» es un viejo dicho Zen. Lo que entra por las

puertas de los sentidos y del entendimiento no es este tesoro de la naturaleza esencial, este no se puede entender, solo experimentar.

Vuelve a haber un caer en la cuenta del verdadero ser, pero aún no hay verdadera libertad. Esta la hay cuando se olvida la iluminación y que se ha olvidado la iluminación.

El maestro Zen Unmon de China decía que había cuatro enfermedades (*Shoyoroku* 11), dos antes de *ken-sho*, consistentes en estar viendo las cosas como objetos allá fuera delante de uno, impidiendo que entre la luz; la otra, haber experimentado que todo es vacío, pero tener la sensación de estar como en una nebulosa., es decir, estar atrapado en el “vacío”. Iluminación es ver forma-vacío, vacío-forma. Además hay dos enfermedades después de *ken-sho*. La primera consiste en vivir muy consciente de haber llegado a caer en la cuenta, lo cual es como si alguien se acabara de curar de un dolor de muelas y estuviera todo el tiempo pensando: “¡Qué bien, ya no me duele!” Lo cual no es todavía libertad de la enfermedad. Otra atadura o enfermedad consiste en estar constantemente pendiente de no abandonar el esfuerzo de superación. La salud es libertad total, gran naturalidad. Es la unificación de la persona, convertida en un bien para los demás.

Al encontrarse el príncipe con la princesa se celebra la boda. Él se convierte en un rey que gobierna su país con gran sabiduría.

Esta unificación de la persona —el llegar a ser lo que se es en origen— siempre es una gran alegría. «En cada cual está aquel que debe ser, si no lo es, feliz no puede ser» (Angelus Silesius). El ser humano ahora realmente es como un hermoso peral plantado en el jardín de un rey. Vive libre desde la nobleza de su verdadero ser y es dueño en su propia casa. Su sabiduría es un gran bien para muchos, una bendición para los demás. La proyección hacia los otros siempre forma parte de todo camino de humanización, es un signo de su autenticidad.

Contenido

Portadilla

Citas

Prólogo

El tamborilero. Recuperar la memoria de lo más importante

El fiel Juan. Responder al anhelo de vivir pasando por la muerte

El león y la rana. Volver a ver respetando la sombra

Zarzarrosa o la bella durmiente. Cortar la enredadera de los pensamientos y sentimientos ilusorios

La pastora junto al pozo. Llorar lágrimas que se convierten en perlas

Las tres plumas. Bajar para subir

El demonio de los tres pelos de oro. Encontrar la felicidad pasando por un infierno

Mesa, ponte; asno de oro y palo, sal del saco. Vencer la mentira y vivir en la verdad

La niña sin manos. Sin abandonar lo esencial, recuperar el contacto con lo cotidiano

Los seis cisnes. Volver a pisar tierra

La blanca paloma. Convertirse en árbol frondoso de buenos frutos

Créditos

Diseño: Pablo Núñez
Estudio SM

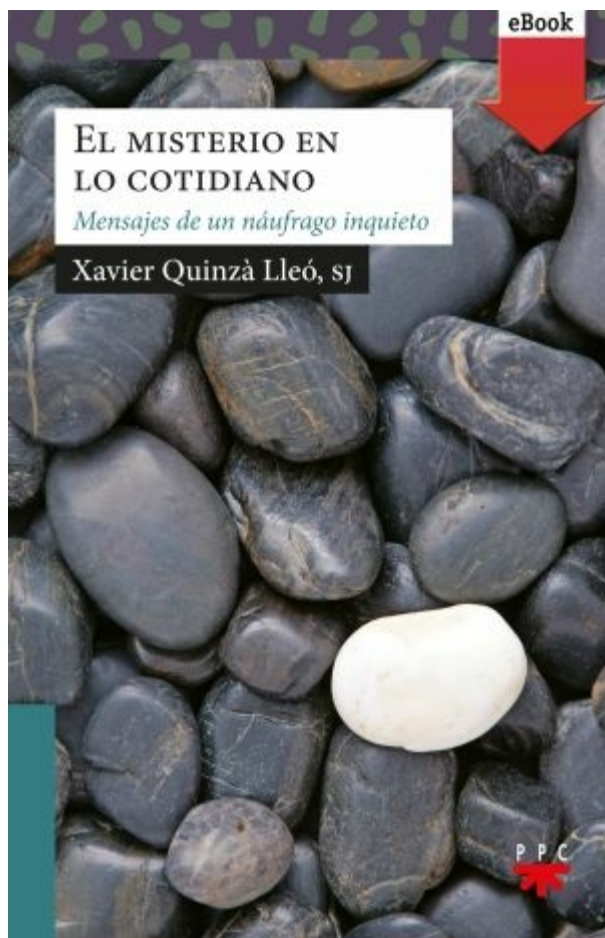
Ilustraciones: José Luis García Morán y Julio Pérez Cornejo

© 2004, Ana María Schlüter Rodés
© 2004, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
© De la presente edición: PPC, Editorial y Distribuidora, SA, 2014
Impresores, 15
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com

Coordinación técnica: Producto Digital SM
Digitalización: **ab** serveis

ISBN: 978-84-288-2650-1

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.



El misterio en lo cotidiano

Quinzà Lleó, Xavier

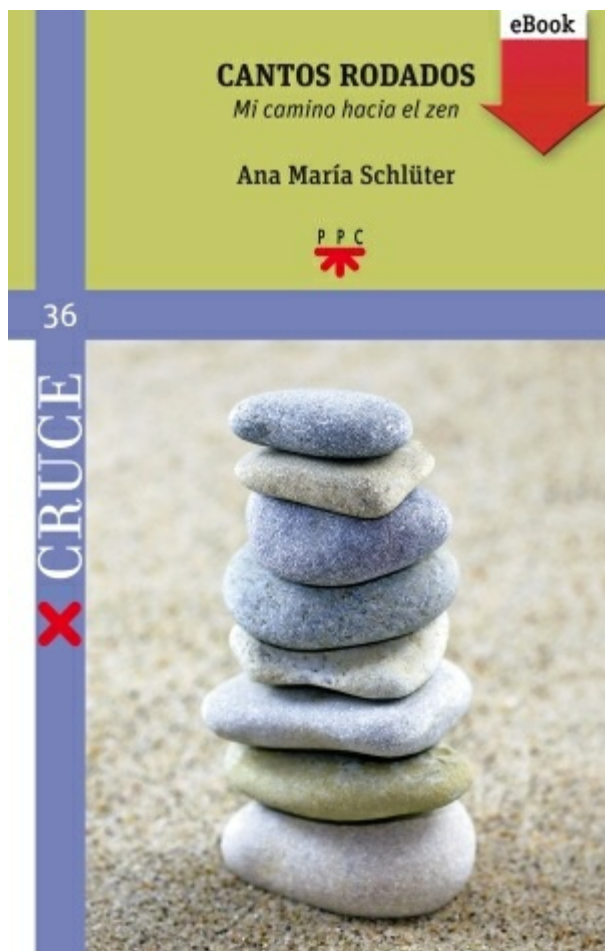
9788428833905

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hay un misterio oculto en la vida de cada uno al que podemos acceder desde la profundidad de nuestro corazón. Porque solo podemos amar realmente lo que tiene misterio, lo que nos invita hacia la hondura de la vida, hacia las raíces profundas de nuestro ser. Los textos que componen este libro son fruto de la soledad y el reposo. Nacieron en ese lugar circunstancial (que no insustancial) y fueron dados a luz en el perfil de Facebook del jesuita Xavier Quinzà, en diálogo con las personas que iban respondiendo o aceptando con sus 'Me gusta' y sus 'Compartir'. Son cinco años de reflexiones para descubrir el misterio de Dios en lo cotidiano. "O mejor –dice el autor–: lo cotidiano como lugar teologal en donde la experiencia de la fe se ensancha". Podemos aspirar hacia un saber de Dios gustado y sabroso. Y si lo descubrimos, estaremos alimentando nuestra vida diaria y saborearemos una sabiduría nueva.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Cantos rodados

Schlüter Rodés, Ana María

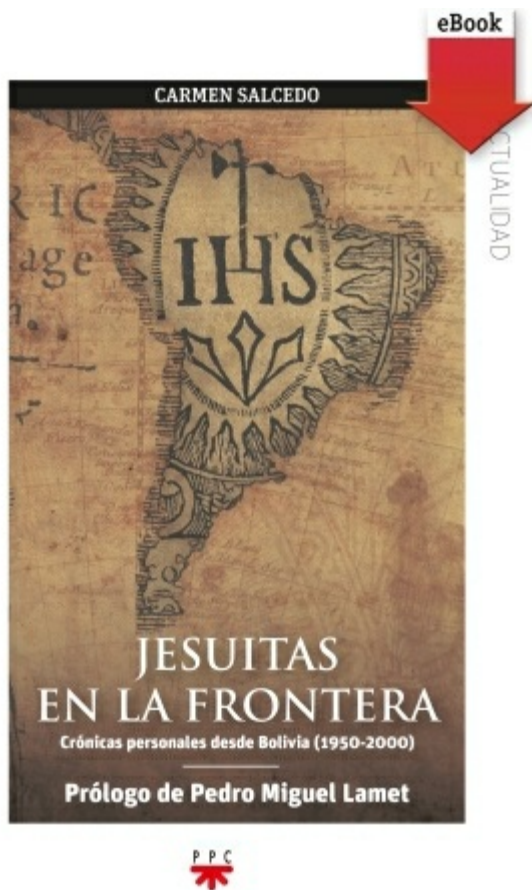
9788428827843

136 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Rescatar el valor del "entre" referido al ámbito compartido entre budismo zen y cristianismo -dice la autora- me parece una empresa difícil por varias razones (amplitud del tema, puntos de vista diferentes, etc.). No veo mejor manera de hacerlo que limitarme a contar cómo se ha ido dando en mí este "entre" y a qué descubrimientos, reflexiones, discernimiento, posturas y acciones me ha llevado. No es tiempo para posturas dogmáticas, sino de testimonios y discernimiento. Espero que este enfoque limitado pueda servir de ayuda en estos primeros tiempos de encuentro -teórico y práctico- entre dos grandes tradiciones espirituales de la humanidad que comenzó a mediados del siglo xx.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Jesuitas en la frontera

Salcedo Vereda, María del Carmen

9788428827454

312 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un llamamiento de Pío XII solicitando sacerdotes para combatir el comunismo y el protestantismo en Bolivia y Paraguay bastó para que, en 1950, la Compañía de Jesús en Cataluña movilizara a sus hombres y su entorno social para una nueva misión. En el marco de este escenario compartido, hombres de diferentes edades y procedencia se han visto en la tesitura de reconstruir de forma reiterada su visión sobre sí mismos, el mundo que les rodeaba, la institución eclesial, sus creencias religiosas y, como consecuencia, el sentido de aquella misión en la que sucesivamente fueron embarcando sus vidas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Citas	3
Prólogo	4
El tamborilero. Recuperar la memoria de lo más importante	10
El fiel Juan. Responder al anhelo de vivir pasando por la muerte	19
El león y la rana. Volver a ver respetando la sombra	29
Zarzarrosa o la bella durmiente. Cortar la enredadera de los pensamientos y sentimientos ilusorios	37
La pastora junto al pozo. Llorar lágrimas que se convierten en perlas	44
Las tres plumas. Bajar para subir	56
El demonio de los tres pelos de oro. Encontrar la felicidad pasando por un infierno	61
Mesa, ponte; asno de oro y palo, sal del saco. Vencer la mentira y vivir en la verdad	69
La niña sin manos. Sin abandonar lo esencial, recuperar el contacto con lo cotidiano	77
Los seis cisnes. Volver a pisar tierra	84
La blanca paloma. Convertirse en árbol frondoso de buenos frutos	90
Contenido	95
Créditos	96